

VAGABUNDOS DEL ESPACIO

adam surray

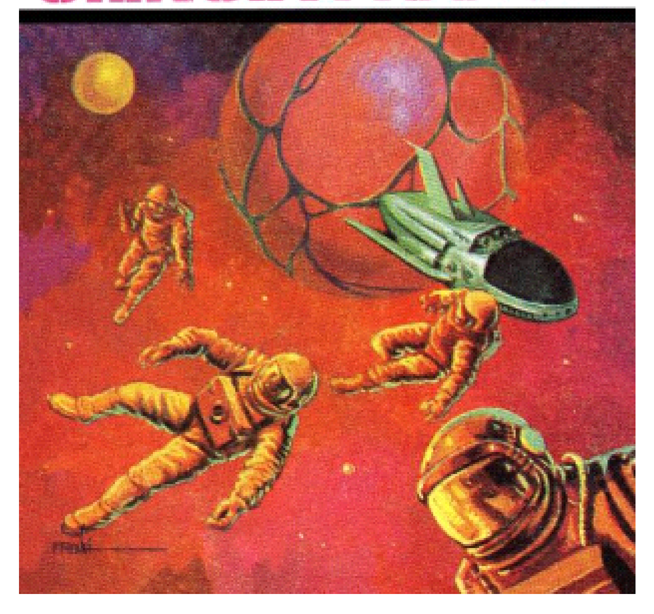
CIENCIA FICCION



VAGABUNDOS DEL ESPACIO

adam surray

CIENCIA FICCION





ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

302 — *Harén de terrícolas*. Ralph Barby.

303 — *La comunicación*. Marcus Sidereo.

304 — *¡OVNI!* Curtis Garland.

305— *Los hombres del mal*. Burton Hare

306 — *¡Salvemos la Tierra!* A. Thorkent.

ADAM SURRAY

VAGABUNDOS DEL ESPACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 307

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 16.573 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: junio, 1976

Editorial Bruguera, S. A. Barcelona (España)

texto

cubierta

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así coma las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1976

CAPITULO PRIMERO

La sala era circular. De techo geodésico. Toda la estancia dotada de espectacular electroluminiscencia. Los paneles de vidrio electrificado proporcionaban una agradable temperatura. El mobiliario, incluido el discoidal lecho giratorio, era de estructura inflable.

La gigantesca pantalla de televisión tridimensional estaba desconectada; pero sí funcionaba el automático de música ambiental. Una suave y romántica melodía.

El abatible refrigerador termoeléctrico almacenaba gran variedad de alimentos. Envasados en recipientes trípodes y conservados merced a la acción de isótopos radiactivos.

Roy Leans mantenía los ojos entornados.

En sus labios humeaba un largo cigarrillo, que fumaba placenteramente.

Era aquélla una sala perfecta. Dotada de todo cuanto un hombre puede desear.

Absolutamente todo.

Y para confirmarlo, allí estaba Rosalind.

Una diosa de sensual belleza. Veintidós años de edad. Rostro de salientes pómulos. Ojos rasgados. Nariz pequeña. Labios muy carnosos. Largo pelo negro, en sedosa mata, que alcanzaba los torneados hombros.

Su única vestimenta era una transparente túnica. Corta. Sin llegar a cubrir los esbeltos muslos. La perfección de su cuerpo se manifestaba bajo aquella tenue prenda. Senos túrgidos y firmes, cimbreante cintura, que armoniosamente contrastaba con la redondez de caderas... Incluso sus tobillos resultaban tentadores.

La muchacha había preparado un afrodisíaco combinado.

Se acomodó junto a Roy Leans, ofreciendo el recipiente para que bebiera. Lo tomó de nuevo. Con la mirada llameante de pasión. Posó los gordezuelos labios en el mismo lugar que utilizara Leans para beber.

Rosalind arrojó el vaso.

De inmediato fue engullido por el recogedor automático, que brotó del suelo, y desapareció con igual rapidez.

—Roy…

Leans esbozó una sonrisa.

Era un individuo joven. Aún no había alcanzado los treinta años de edad. Con un cierto atractivo en sus duras facciones. De pelo rubio, rebelde y abundante. Complexión atlética. Sus músculos se delineaban en el desnudo torso.

Rosalind volvió a repetir su nombre.

Con sensual voz.

Entreabriendo sus húmedos y trémulos labios.

—Roy…

Las manos de Leans se posaron sobre los hombros femeninos. La atrajo contra sí. Buscando aquellos cálidos labios, que cerró con un apasionado beso. Deslizó las manos hasta sentir el cuerpo de Rosalind estremecerse, acusando la caricia.

Se unieron en volcánico abrazo.

Los labios de Leans juguetearon tras la oreja izquierda de la muchacha.

Susurrando inaudibles palabras.

Unas palabras que contrastaban con la amorosa escena.

—No contéis conmigo, Rosalind.

—¿Por qué? Ya todo está preparado, Roy… Dispuesto para la rebelión. En todas las secciones de Prisión Lunar-Uno se iniciará el motín.

—Yo permaneceré al margen.

Rosalind se separó.

Levemente.

En sus labios continuaba una sensual sonrisa. Desmentida por el brillo de sus ojos. Entrelazaba con sus brazos el cuello de Leans.

Ensortijando los dedos en su pelo.

—Estás en el Departamento de Electrónica Molecular, Roy… Es indispensable que actúes de acuerdo con nosotros. Todos a un mismo tiempo. Sólo así nos acompañará el éxito.

—Será un fracaso, Rosalind. Una matanza.

La muchacha se separó de nuevo.

Ahora, con brusquedad.

La susurrante voz de Leans se le adelantó:

—Tranquilízate, pequeña. ¿Olvidas que nos están observando? Tu rostro no refleja placer…

Rosalind le besó.

Ávidamente.

—¿Qué ocurre, Roy? Tú estabas conforme con la rebelión. Eras uno de los promotores.

—Cierto, pero he recapacitado. Eso nada altera el plan. Elliot Baldins ocupará mi puesto, en Electrónica Molecular. El actuará de acuerdo con lo programado. Os deseo suerte.

—Cobarde…

Leans sonrió.

—¿Cobarde? Inteligente más bien, Rosalind. Supongamos que la rebelión es un éxito. Somos los dueños de Prisión Lunar-Uno. ¿Por cuánto tiempo? De la Tierra, con un simple MIR-77-SS, nos aplastarían en fracciones de segundo. Convertidos en cenizas. Las armas aquí existentes son insignificantes. De uso interno.

—Al Gran Triunvirato no le interesa la destrucción de Prisión Lunar-Uno. Esto, más que una prisión, es zona de investigación.

—Correcto. Entonces es posible que se limiten a un cohete «BAC-X». De cualquier virus letal. Da muy buenos resultados. Se utilizó hace unos quince años para doblegar a los Estados Unidos de Europa, ¿recuerdas? El arma bacteriológica tiene muchas ventajas. Exterminó a millones de seres humanos sin dañar a las bellas ciudades europeas.

—Puede que tengas razón, Roy. El Gran Triunvirato no perdonará el motín. Nos aniquilarán, pero… ¿acaso no estamos ya

muertos? Somos cadáveres vivientes. Sin voluntad. Vulgares androides.

—Somos humanos.

Los ojos de Rosalind se nublaron.

Conteniendo las lágrimas.

Aunque en su rostro se reflejaba una voluptuosa sonrisa. Un fingido placer, que estaba muy lejos de sentir.

—Humanos... El más insignificante de los animales dispone de libertad para realizar ciertos actos. Al contrario que nosotros. Estamos sometidos a un total control psicobiológico. Nos han convertido en autómatas. En muñecos que jamás...

Rosalind iba a llorar.

Incapaz de dominar su desesperación.

De ahí que Roy Leans la abrazara con más fuerza. Ocultando su rostro. Sus lágrimas. Desdibujando su sollozo.

Fueron unos minutos irónicos. Cruelmente sarcásticos.

Roy Leans atrapó la cajetilla de tabaco. Arrancó el cigarrillo que, al desprenderse de la base, apareció ya encendido.

Lo chupó un par de veces para, acto seguido, colocarlo en los labios de Rosalind, que se acurrucaba a su lado.

Permanecieron en silencio.

Al poco tiempo, cesó la música ambiental.

Una voz sonó por los ocultos altavoces:

«Atención... Atención... Salas de recreo en zona sur, comprendidas entre los números 200 al 250... "Límite Tres"... Repito... "Límite Tres"...»

Roy Leans se incorporó.

Al igual que Rosalind.

Se despidieron con la mirada, encaminándose a puntos opuestos de la circular sala.

De nuevo sonó la voz: «Límite Dos... Limite Uno...»

Leans estaba frente a la pared.

Cuando por el altavoz se anunció el «Límite Cero», una puerta de guillotina se alzó junto a Roy Leans. Este, antes de abandonar la sala, giró levemente la cabeza.

A tiempo de ver cómo Rosalind cruzaba ya el umbral de una puerta gemela, situada en la pared frontal.

Roy Leans se adentró por el túnel de plataforma deslizante, que le condujo hasta el tubo-elevador uniplaza.

Comenzó el descenso.

Ocho plantas.

A las entrañas de aquella prisión subterránea.

El tubo-elevador le depositó en una de las múltiples antesalas de recepción control.

Dos guardianes, portadores de fusil insensibilizador, custodiaban la caseta.

Roy Leans posó la palma de su mano derecha sobre una rectangular lámina metálica. En su piel, paralelamente a los nudillos, tenía grabado un número.

2.346-07.

El hombre de la caseta tecleó en la computadora.

A los pocos segundos, y por la bandeja expulsora inferior, apareció el equipo de ropa.

—Puede pasar a su departamento, 2.346-07.

Roy Leans penetró en un nuevo túnel de suelo cromático.

Conducía al Departamento Electrónico Molecular.

Una descomunal cripta, dividida en secciones.

En el pabellón de vestuario eran ya muchos los que concluían de ajustarse el equipo.

No había guardianes en aquella sala.

La vigilancia estaba encomendada a un sistema audio-visor que, merced a infinitos «ojos mágicos» transmitía en imagen y sonido todo

cuanto acontecía en el barracón.

—¡Eh, Roy…! ¡Apenas te quedan cinco minutos!

Lean se aproximó, con lento paso.

—Hola, Bert.

Bert Altman era un individuo de rostro jovial. Extremadamente alto. Musculoso. De unos treinta y cinco años de edad.

—¿Qué te ocurre, Roy? No parece que hayas disfrutado mucho en tu «Día-D». ¿Con quién has estado?

Leans esbozó una amarga sonrisa.

«Día-D».

«Día-Descanso».

Otra cruel ironía.

Un día de descanso mensual a todos los reclusos que se habían hecho acreedores a ello. Un día en el que se podía disfrutar de todas las comodidades perdidas, de todos los placeres que les eran habitualmente negados…

Roy Leans, en sus tres años de estancia en Prisión Lunar-Uno, tan sólo había contabilizado cinco «Día-D». Sus constantes muestras de indisciplina eran la causa.

No le importaba.

Los «Día-D» sólo servían para recordar todo cuanto se había perdido. Para no olvidar que se habían convertido en máquinas.

Androides.

Sí.

Rosalind estaba en lo cierto.

Ya no eran humanos.

—¡Despierta, Roy!

—¿Cómo…? Ah, disculpa… He estado con Rosalind.

—¿Rosalind? No la conozco —dijo Bert Altman, arqueando sus pobladas cejas—. ¿De qué sección?

—Departamento de Alimentación.

El ulular de una sirena interrumpió todas las conversaciones en el barracón.

Era la vuelta al trabajo de cuantos habían disfrutado del «Día-D».

Roy Leans, con uniforme azul y casco de vidrio rojo, fue uno de los últimos en abandonar la nave.

Actualmente, estaba destinado en el Departamento de Electrónica Molecular.

En aquella dependencia sí existían guardianes.

El trabajo técnico estaba controlado por el doctor- teniente Cary Gould. Se le podía considerar como un guardián más. Para distinguirle de los reclusos de la sala, se cubría con un casco de vidrio negro y blanca bata.

Leans acudió a su mesa de trabajo.

A los pocos minutos, se le aproximó un compañero.

Un individuo frisando en los treinta años de edad. Correctas facciones. Bajo el casco rojo asomaba un mechón de negro cabello. Portaba en su diestra una carpeta, que abrió ante Leans.

—¿Has hablado con Rosalind?

—Sí, Elliot.

—¿Todo en orden? —murmuró Elliot Baldins, simulando que consultaba los planos del *dossier*—. Ella es nuestro enlace con los del Departamento de Comunicación. Es ahí donde se iniciará la rebelión.

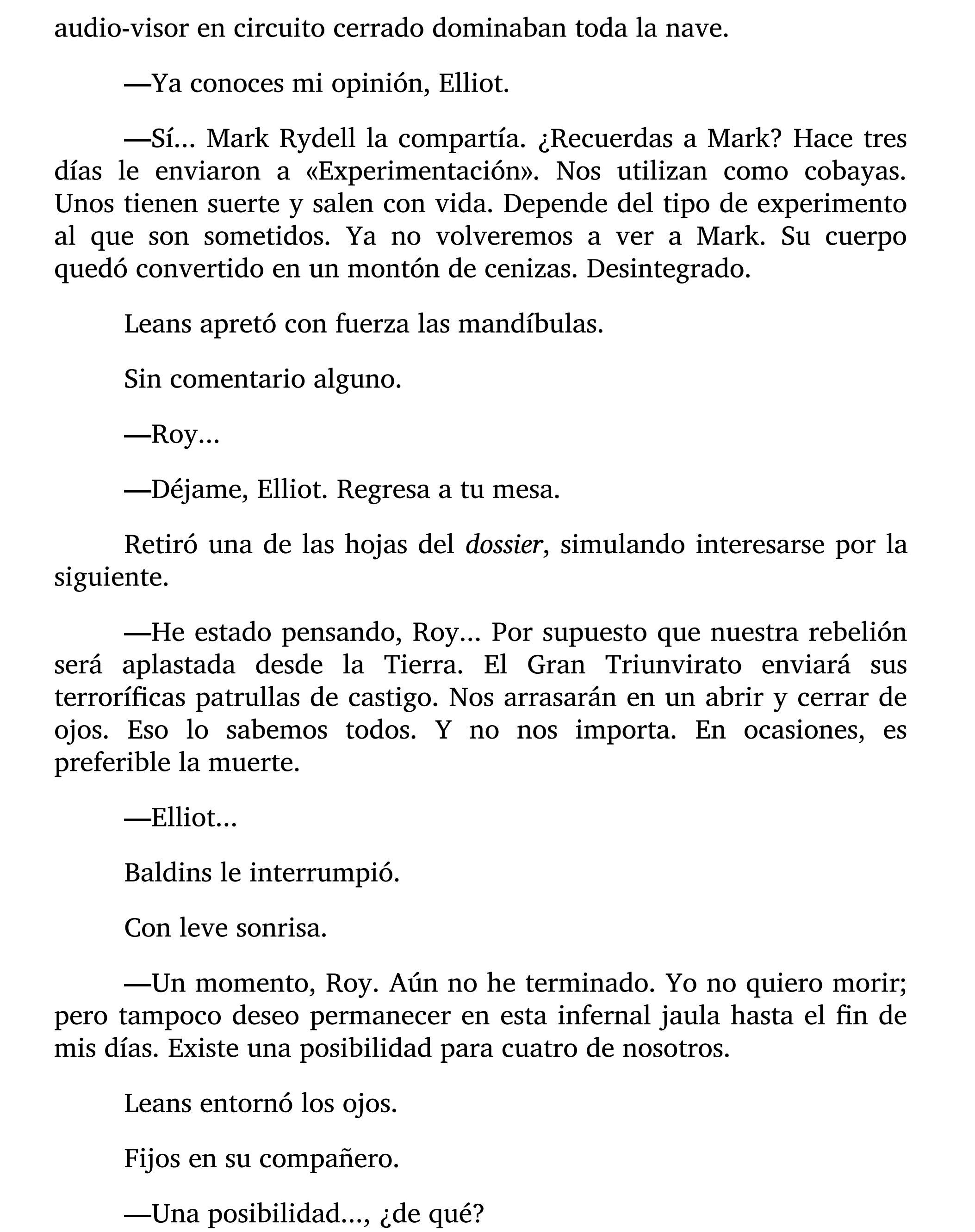
—Todo dispuesto.

—¿Y tú?

Roy Leans desvió momentáneamente su mirada de aquellos documentos.

Los reclusos destinados en Electrónica Molecular deambulaban por la amplia sala, realizando su cometido.

Supervisados por los guardianes y por el doctor-teniente Gould. Sin olvidar los sistemas de seguridad establecidos. Las cámaras de



audio-visor en circuito cerrado dominaban toda la nave.

—Ya conoces mi opinión, Elliot.

—Sí… Mark Rydell la compartía. ¿Recuerdas a Mark? Hace tres días le enviaron a «Experimentación». Nos utilizan como cobayas. Unos tienen suerte y salen con vida. Depende del tipo de experimento al que son sometidos. Ya no volveremos a ver a Mark. Su cuerpo quedó convertido en un montón de cenizas. Desintegrado.

Leans apretó con fuerza las mandíbulas.

Sin comentario alguno.

—Roy…

—Déjame, Elliot. Regresa a tu mesa.

Retiró una de las hojas del *dossier*, simulando interesarse por la siguiente.

—He estado pensando, Roy… Por supuesto que nuestra rebelión será aplastada desde la Tierra. El Gran Triunvirato enviará sus terroríficas patrullas de castigo. Nos arrasarán en un abrir y cerrar de ojos. Eso lo sabemos todos. Y no nos importa. En ocasiones, es preferible la muerte.

—Elliot…

Baldins le interrumpió.

Con leve sonrisa.

—Un momento, Roy. Aún no he terminado. Yo no quiero morir; pero tampoco deseo permanecer en esta infernal jaula hasta el fin de mis días. Existe una posibilidad para cuatro de nosotros.

Leans entornó los ojos.

Fijos en su compañero.

—Una posibilidad…, ¿de qué?

—De escapar al castigo del Gran Triunvirato. De salir de aquí. De seguro hacia una muerte cierta…; pero elegida por nosotros. Una muerte que nos alcanzaría siendo hombres libres.

Hombres libres.

Aquellas dos palabras resonaron en Roy Leans.

Una y otra vez.

—¿De qué se trata, Elliot?

—Un compañero destinado en el Departamento de Aeronáutica Espacial me ha comunicado que el proyecto «Galaxia» ya ha concluido. La cosmonave puede ser lanzada al espacio en cualquier momento. Esperan órdenes de la Tierra. El Gran Triunvirato fijará el día.

Leans parpadeó.

—No comprendo… «Galaxia» es uno de los más ambiciosos proyectos del Gran Triunvirato. Un fabuloso viaje por el hiperespacio. Un recorrido de estudio por los planetas de nuestro sistema solar.

Elliot Baldins asintió.

Acentuando su sonrisa.

—Correcto, Roy. Un fantástico crucero por el espacio. Llegando a… «visitar» incluso el lejano Plutón. Haciendo escalar como un vulgar Mach-3 terrestre[1]. Han sido muchos años de estudio para diseñar y construir la cosmonave *Starlight*. Lo de ahora es un ensayo. Dudan del éxito. De ahí que los astronautas hayan sido sustituidos por robots. Cuatro robots. Serán ellos los que piloten la cosmonave.

El estupor se reflejó en Leans.

Movió la cabeza.

Incrédulo.

—¿Insinúas…?

—Sí, Roy. Cuatro de nosotros pueden ocupar el puesto de los robots, en la cosmonave *Starlight*.

CAPITULO II

Sí.

Todo se inició en el Departamento de Comunicación.

La estación difusora saltó por los aires, en violenta explosión. Igualmente ocurrió con los circuitos de televisión, que suministraban imágenes a Seguridad Central.

Las múltiples pantallas telescópicas de diferentes tamaños, amplificadores de imagen, osciladores, sintonizadores de ilimitado alcance... Todo el complicado sistema de comunicación interior y exterior se vio envuelto en llamas.

Centelleantes latigazos de fuego parecían azotar los distintos aparatos de precisión. Un continuo refulgir, imposible de contener.

No funcionó la señal de alarma.

Ni tampoco los sistemas automáticos antiavería.

—¡Sabotaje...! ¡Es un sabotaje! —vociferaba a los guardianes uno de los técnicos del Departamento de Comunicación—. ¡Han alterado los sistemas de seguridad!

Tres segundos después de la explosión en la sala de Comunicación, y tal como se había planeado, comenzó la rebelión en las distintas secciones de Prisión Lunar- Uno.

Seguridad Central había dejado de recibir imágenes.

Era un factor a favor de los amotinados.

Cuando la Unidad Especial de Seguridad se percató de la rebelión, ya era demasiado tarde.

Los guardianes de los distintos departamentos habían sido aniquilados. Sin contar con el apoyo de Seguridad Central, de poco sirvieron las armas portátiles contra el elevado número de amotinados. Estos se centraban ahora sobre los miembros de la Unidad Especial de Seguridad. Combatiéndoles con las armas sustraídas al Depósito General.

Lo imposible había sucedido.

Triunfantes.

Los reclusos, hasta entonces controlados como máquinas, eran dueños de la situación.

El último foco de resistencia, la Unidad Especial de Seguridad, había sucumbido. Todos sus miembros, exterminados bajo el destructor fuego de los láser portátiles.

Los condenados de Prisión Lunar-Uno se concentraban, alborozados, en las salas de recreo, utilizadas en los «Día-D». Ahora, sin ser controlados por cámaras ni micrófonos.

Celebrando ruidosamente su triunfo.

La mayoría de las secciones, desiertas.

Dos hombres se encontraban en la planta superior de Prisión Lunar-Uno. La destinada a Aeronáutica Espacial.

Roy Leans y Elliot Baldins.

—¿Estás dispuesto a seguirme, Roy?

Leans fijó su mirada en el hialino techo embovedado. Desde allí era visible la plataforma de despegue de la cosmonave *Starlight*.

—Sí.

—¿Seguro?

Leans sonrió.

—Abandonamos el infierno, Elliot. ¿Qué podemos temer? ¿A la muerte? Será agradable recibirla en el silencioso hiperespacio o en cualquier remoto planeta. Distinto a la Tierra, y no gobernado por el Gran Triunvirato. Suficiente para mí.

Elliot Baldins correspondió a la sonrisa.

Consultó la minipantalla de su reloj electrónico.

—Los otros dos tripulantes se retrasan...

—¿A quién te refieres?

—Rosalind y Bert Altman. Nos acompañarán. Ya deberían estar aquí. No tenemos mucho tiempo.

Leans asintió, con grave movimiento de cabeza.

—Cierto. Desde la Tierra, ya conocerán lo ocurrido. El ataque de

represalia no se demorará.

Rosalind y Altman llegaron en ese instante.

Elliot Baldins les apremió:

—¡Vamos con retraso! Seguidme… Tú espera aquí, Roy. Puedes entretenerte colocando esas cajas en la plataforma que lleva a la cosmonave. Son armas, medicamentos, provisiones… Todo cuanto podamos necesitar.

—Creí que *Starlight* ya estaba equipada.

—Cierto, Roy. Equipada para cuatro… robots.

Todos rieron.

Aunque nerviosamente.

Conscientes de que iban a emprender un viaje sin retorno. Hacia lo desconocido. Con rumbo a la angustiosa extensión del espacio.

Roy Leans procedió a situar las cajas sobre el elevador.

Pulsó el mando correspondiente.

La plataforma elevadora alcanzó el punto más alto de la curvada vista de lanzamiento. Bajo la panza de la cosmonave *Starlight*. Por la abierta compuerta se introdujo automáticamente la carga.

Leans repitió la operación tres veces más.

La conclusión coincidió con el regreso de Rosalind, Baldins y Altman.

Roy Leans les contempló, risueño.

Sus compañeros ya lucían el traje espacial. De una sola pieza. En color negro. Brillante. La mágica fibra «Cosmx» que se ajustaba como una segunda piel. Del ancho y ambarino cinturón pendía una automática multi- fuego «ZOA-777».

El modelo resultaba seductor, en Rosalind.

Acentuando la turgencia de su seno, el liso vientre, la curva de sus caderas, la esbeltez de sus muslos…

—Roy…, quiero presentarte a dos expertos en Aeronáutica Espacial. La doctora Rosalind Syms y el ilustre Bert Altman.

—¿Quieres decir…?

Elliot Baldins asintió con amplia sonrisa.

—En efecto, Roy. He sometido los cerebros de Rosalind y Bert a interconexión electrónica con el computador que controla el proyecto «Galaxia». Ya saben tanto como nosotros. Era necesario. Cualquiera de nosotros debe estar en condiciones de dirigir la cosmonave.

—Me parece una magnífica idea.

—Llevo muchos días madurando el plan, Roy. ¿Ya están todas las cajas en la cosmonave?

—Sí.

—Toma tu equipo.

Roy Leans se ajustó aquel traje espacial, cuya resistente fibra, de fantásticas propiedades, era superior al «límite teórico». Se calzó las botas de altas cañas, con dispositivo antigravedad.

Quedaron unos minutos en silencio.

Había llegado el gran momento.

Luego, sería imposible retroceder.

Elliot Baldins se había introducido en la cabina de control de pista del aeródromo lunar.

Retornó junto a sus tres compañeros.

—La plataforma de despegue está libre de obstáculos. Todo preparado.

—Entonces, en marcha —dijo Leans, encaminándose hacia el tubo elevador que les conduciría hasta la cosmonave.

Baldins fue el último en penetrar en la cilíndrica cabina.

Se inició el ascenso.

Contemplaron la Prisión Lunar-Uno en toda su extensión. Encerrada en aquella gigantesca cúpula geodésica. Necesaria para proporcionar una atmósfera semejante a la terrestre, dada la carencia de aire de la Luna.

Alcanzaron la cima donde reposaba *Starlight*.

La cosmonave de aerodinámico diseño, capaz de recorrer lejanas galaxias a la velocidad de la luz. Portadora de cohetes movidos por hiperrayo de iones.

Starlight era un modelo experimental.

El único capaz de posarse y despegar, en quiméricas escalas, por la Vía Láctea. Como cualquier reactor supersónico terrestre.

Penetraron en la cosmonave por la Cámara de Servicio.

De allí pasaron a la Cámara de Mando. Una sala semicircular. Con cuatro asientos. Dotada de dispositivos de seguridad, tableros de instrumentos de control y comunicaciones de la nave.

En uno de los asientos estaba el robot. Androide. Su configuración era una fiel réplica a la del hombre. Incluso el color de la piel. Sólo su cabeza, una rectangular caja metálica, pródiga en puntos luminosos, era diferente a ser humano.

—¿Qué hace aquí? —inquirió Rosalind, algo impresionada.

Elliot Baldins sonrió.

—Tranquila, Rosalind. Es inofensivo. Los otros tres robots están fuera de la cosmonave. He dejado a éste. Nos acompañará.

—¿Por qué?

—Puede llegar a sernos útil. Está programado para dirigir perfectamente a *Starlight*. Recibe órdenes de un «mando-control» actualmente en nuestro poder. Hará cuanto nosotros le digamos. Le he desligado por completo del super-control de la Base Espacial Tierra. Al igual que la cosmonave. *Starlight* ya no seguirá el programa fijado; sino el rumbo que nosotros le designemos.

—Es un extraño robot… Su apariencia humana produce escalofríos.

Roy Leans sonrió, rodeando los hombros de la muchacha.

—Un perfecto androide, Rosalind. Corazón, pulmones, hígado, circulación sanguínea, respiración celular… Todo idéntico a un ser humano. A excepción de su cerebro. Así, al regreso, estudiarían cualquier alteración producida en su metabolismo.

—Me sorprende que el Gran Triunvirato no haya seleccionado a cuatro… «voluntarios». No sería la primera vez.

—Cierto —corroboró Baldins—. Y ninguno regresó. El espacio aún encierra muchos secretos, En los continuados proyectos con destino a Marte, Venus y demás planetas de nuestro sistema solar, se logró amerizar; pero entonces, por causas desconocidas, los astronautas cesaron de transmitir imagen y sonido a la Tierra. Ninguno de ellos regresó a la nave. Jamás se supo de ellos. Miedo, terror a la soledad del espacio, a lo desconocido y sobrenatural… De ahí que se hayan decidido por los robots. Ellos carecen de sentimientos.

Elliot Baldins comenzó a manipular en el portátil mando-control.

Presionó uno de los botones de la pequeña caja rectangular.

—Gnetyy… Gnetyy… Acude a la Cámara de Servicio. Permanecerás allí recluido hasta nueva orden.

El robot se incorporó.

Con una agilidad de movimiento que contrastaba con la de los autómatas. Varios puntos de su metálica cabeza se iluminaron con potente iridiscencia. Abandonó la Cámara de Mando.

Elliot Baldins desconectó el aparato.

—Bien. Ya no tenemos que preocuparnos por Gnetyy.

—Sus movimientos… eran como los de un ser humano —musitó Rosalind, aún impresionada—. Como cualquiera de nosotros.

—Olvídate de él. Pese a toda su perfección, es un simple robot. Bueno… Cada uno a su puesto.

Se acomodaron en los asientos que, en semicírculo, se situaban abarcando el cuadro de mandos e instrumentos.

—¿Destino…?

La pregunta de Bert Altman les hizo enmudecer.

Se miraron entre sí.

Fue Roy Leans quien respondió.

Con dura sonrisa.

—Sin rumbo, Bert… Libres por el infinito espacio. Hacia el Más Allá.

CAPITULO III

La cosmonave *Starlight* surcaba el espacio, con la majestuosidad de un águila.

Cuerpo sustentor. Aerodinámica. Perfil plano triangular. Cara superior curvada y la inferior plana. En su cola, tres aletas. En un rúbeo color, que acentuaba su fantástico diseño.

El indicador de temperatura y presión de la cabina era correcto. Al igual que la cantidad de oxígeno existente.

Bert Altman era el único que permanecía sentado frente al cuadro de instrumentos. Manejando el mando orientador de vuelo, y con la mirada fija en la circular pantalla, indicadora de ruta.

Roy Leans y Rosalind estaban junto al mirador exterior.

Contemplando aquel fuliginoso globo.

Sombrío.

Tenebroso…

La muchacha entreabrió los labios.

—La Tierra… Nuestro hogar…

—Nos expulsaron, Rosalind. ¿Lo has olvidado? —dijo Leans con fría voz—. Considerados peligrosos para la sociedad. Desterrados, por vida, a Prisión Lunar-Uno.

—Poca diferencia entre la Tierra y Prisión Lunar-Uno —intervino Baldins, aproximándose al ventanal—. Adiós, Tierra… Estás maldita… Gobernada por el terror, el odio, la ambición… Se estudiaba la construcción de Prisión Lunar-Dos. Le seguirán otras.

—Tal vez, algún día, el Gran Triunvirato sea derrotado.

Leans sonrió.

En amarga mueca.

—Eso nada cambiará, Rosalind. Fue el Gran Triunvirato quien sustituyó a Coalición Mundial Autócrata, ¿recuerdas? Todo continuó igual. Incluso peor. Se acentuó el control sobre el hombre. Ningún acto, sin estar supervisado por el Gran Triunvirato. Te señalaban el trabajo a realizar, la zona que debes habitar, seleccionaban la mujer

que seria tu compañera, indicación del número de hijos… Ya no queda ningún hombre libre en la Tierra. Ningún país. Ningún pueblo… ¡Malditos del Averno!

Bert Altman giró en el asiento.

Su rostro había perdido la sempiterna sonrisa.

—Acabo de sintonizar la estación terrestre Entel- Mundo. Se ha iniciado la operación de represalia contra los amotinados de Prisión Lunar-Uno. Tres supercohetes bacteriológicos. Virus letal Phombys.

—«Phombys»… —repitió Leans, como un eco—. Jamás se había empleado para la destrucción masiva. Ocasiona una muerte lenta, marcadamente dolorosa, alucinante… El cuerpo se descompone, presa de lacerantes ataques, súbitas llagas, la sangre renegrida brota por los ojos, oídos y boca…

—Roy, por el amor de Dios…

La súplica de Rosalind fue ignorada.

Habló Baldins.

Con voz ronca.

—Sí… Así es. Fui testigo, en Prisión Lunar-Uno. Al poco de llegar. A varios reclusos se les inyectó Phombys en Experimentación. Se quería descubrir el antídoto. Terminaron por abandonar el estudio. Sin éxito. Nada detiene el terrorífico virus. No es un espectáculo agradable.

—Pues está siendo retransmitido por Televisión Global —dijo Bert Altman—. Eso afirmó el locutor de Entel- Mundo. Las imágenes llegan a la Tierra por el sistema de satélites del espacio «Sky Jump». Sin duda, será programa único para todas las emisoras terrestres. Una advertencia para los descontentos del Gran Triunvirato.

Leans, en grandes zancadas, se aproximó al cuadro de mandos.

Elliot Baldins le siguió.

—¿Qué vas a hacer, Roy?

—Detectar, en el radar, la posición exacta de «Sky Jump».

—¿Y luego? —sonrió Baldins, que ya sospechaba las intenciones de su compañero.

—Esta no es una cosmonave bélica, Elliot; pero apuesto a que dispone de armamento convencional.

—¿Unos «Eckefferling», por ejemplo?

—Sería lo más apropiado.

—Contamos con una veintena de ellos —dijo Elliot Baldins haciéndose cargo del telemando—. Los tubos lanzadores surgen a derecha e izquierda de la cosmonave.

Leans sonrió.

—Un solo proyectil «Eckefferling» será suficiente. Ahí tenemos detectado a «Sky Jump».

Rosalind y Bert Altman contemplaban, en silencio, la operación.

Resultó sencillo.

Sí.

Un solo «Eckefferling», con su capacidad destructora, era suficiente para pulverizar el sistema de satélites.

Imposible fallar.

El radar, localizado el blanco, emitió sobre él penetrantes haces de hiperondas. Los ecos de «Sky Jump» son captados por el receptor instalado en el proyectil «Eckefferling», que avanzaba, inexorable, hacia las señales reflejadas.

La trayectoria del destructor cohete fue seguida en la pantalla.

No fue necesario manipular en los acelerómetros o giroscopios para corregir cualquier desviación.

«Eckefferling» alcanzó de lleno su objetivo.

Los tres hombres rieron, alborozados.

Un júbilo que no era compartido por Rosalind.

Elliot Baldins se percató de ello.

—¿Qué te ocurre, Rosalind? ¡Hemos privado al Gran Triunvirato de su programa de televisión favorito!

La joven esbozó una sonrisa.

—Sí... Y también hemos destruido cualquier posible comunicación con la Tierra. Ahora estamos aislados en el espacio. «Sky Jump», destrozado el sistema de comunicación en Prisión Lunar-Uno, nos servía de enlace. Ya no podemos comunicarnos con la Tierra, ni recibir señal alguna.

—¿Y quién desea comunicación con la Tierra? —interrogó Leans.

—Puede que lleguemos a necesitarles.

—¡Antes de acudir al Gran Triunvirato, solicitaría la ayuda de Satanás! ¿No lo comprendes, Rosalind? Hemos elegido voluntariamente este destino. Ya es imposible retroceder.

Rosalind inclinó la cabeza.

Esquivando la dura mirada de Leans.

—Lo sé... Perdonadme. Tengo miedo. Un angustioso terror ante esta soledad..., ante la grandiosidad que nos rodea..., ante lo desconocido...

Roy Leans rodeó protectoramente los hombros femeninos.

—Eso mismo nos ocurre a nosotros, Rosalind. Todos estamos nerviosos y atemorizados.

—El pisar tierra firme nos tranquilizará —sonrió Baldins, frente al cuadro de mandos—. ¿Qué dices tú, Bert?

Bert Altman, manipulando en los instrumentos del orientador de vuelo, rió en alegre carcajada.

—¡Seguro...! Ya pueden atar sus cinturones. Primera escala... ¡Marte!

* * *

La *Starlight* realizó una gran curva, bordeando el Sol.

Quince millones de grados en su centro. Y en su última capa, la cromosfera, al tórrido nivel del millón de grados.

El disco de fuego quedó atrás. Con su devastadora irradiación de incinerador apocalíptico, cuyo calor volatiza todo tipo de materia. Un foco incandescente, de cegadora luminosidad. Sólo amortiguada por

las extensas manchas de su anfractuosa superficie.

Era ahora aquel planeta, de tamaño muy inferior al de la Tierra, el que requería la atención de los cuatro viajeros del espacio.

Un planeta de moteadas superficies grisáceas.

Marte.

Rosalind descifraba los datos que el «ojo-sonda», enviado al planeta, le transmitía.

—Podemos efectuar el descenso, Atmósfera débil pero suficiente. Carencia de radiactividad. Nada anormal. Incluso vamos a disfrutar de un magnífico día. La temperatura es de quince grados. Únicamente acoplar nuestras botas antigravedad.

Roy Leans y Elliot Baldins procedieron a las maniobras del perpendicular amerizar.

El frenaje aerodinámico para el descenso entró en funcionamiento. Junto con los esféricos cohetes utilizados para desacelerar.

Poco más tarde, la cosmonave *Starlight* se posaba, majestuosa, sobre la superficie de Marte.

CAPITULO IV

Bert Altman quedó en la Cámara de Mando.

Por una de las rampas descendió un ligero «Snake- ACX». Biplaza. Un vehículo de fibra de acero elástico. Dotado de seis ruedas. Propulsión articulada. Todo terreno. Capaz de trepar por paredes verticales y salvar zanjas superiores a las cuatro yardas.

Roy Leans manejaba el disco-volante del «Snake- ACX».

En el asiento contiguo se acomodaba Rosalind.

Esperaron a Elliot Baldins. Este abandonó la cosmonave, portando un cinturón-cohete.

—¿Una hora, Roy?

Leans asintió.

—Correcto. Será más que suficiente.

Elliot Baldins pulsó el mando acelerador del cinturón-cohete. Se elevó con suavidad.

También Leans inició la marcha en el «Snake-ACX».

Rosalind, que seguía con la mirada las evoluciones de Baldins hasta perderle de vista, se apretujó contra Roy Leans.

—No hay muchas esperanzas, ¿verdad?

El vehículo avanzaba por el árido terreno con facilidad.

—No, Rosalind. Las referencias que tenemos de Marte no son óptimas. Desgraciadamente. Su órbita casi es el doble a la terrestre. Años de seiscientos ochenta y siete días. Un suelo estéril por la carencia de agua. Los mares se evaporaron o infiltraron, convirtiendo Marte en un erial. Únicamente se cuenta con el líquido almacenado en los casquetes polares.

Rosalind alzó la mirada al cielo.

Carente de nubes.

Límpido.

Permitiendo contemplar, diáfana, la Tierra.

—Es maravilloso…

Leans sonrió levemente.

—Cierto. Es un duro contraste con este infernal desierto. Imposible subsistir. No hay fuentes de alimentación. Sólo una primitiva vegetación y diseminados microorganismos. No hay vida.

El «Snake-ACX» atravesaba los canales marcianos.

Aquellos extraños surcos y cráteres que no parecían tener significación alguna.

—¿Qué estamos buscando, Roy?

Leans accionó el conductor automático.

Así pudo abarcar con sus brazos la cintura de Rosalind. La estrechó contra sí. Besando los húmedos labios femeninos. Acariciando su cuerpo. Percibiendo, incluso, su palpitar bajo la fibra «Cosmx».

—Roy…

—¿Sí?

—No has respondido a mi pregunta. Si en Marte no hay vida, ni resulta habitable para nosotros…, ¿qué buscamos?

—Ya durante él gobierno de Coalición Mundial Autócrata se enviaron varias naves tripuladas a Marte. Se conocía bien el planeta. Las propiedades físicas, características nucleares, estructura bioquímica y orgánica de sus especímenes. Nada letal para el hombre. Incluso su atmósfera resultaba medianamente respirable. Sin embargo, ningún astronauta logró regresar a la Tierra. El Gran Triunvirato prosiguió la conquista del espacio. Con igual resultado. La última astronave, *Celeste*-4, amerizó en Marte hace aproximadamente una década. Sus dos tripulantes descendieron, Todo parecía marchar bien. Súbitamente, cesaron de enviar señales. El mecanismo automático de retorno de *Celeste*-4 no funcionó. La astronave no se recuperó, y los dos astronautas quedaron aquí para siempre. ¿Qué les ocurrió? ¿Dónde está *Celeste*-4 y las demás naves enviadas a Marte?

—Pudieron desintegrarse…

—No, Rosalind. La distancia que le separa del Sol es

considerable. Existe algo extraño. Eso es lo que tratamos de descubrir.

El transmisor que pendía del cinturón de Leans comenzó a emitir señales acústicas.

Roy Leans presionó uno de los pilotos.

Llegó la voz de Baldins.

Ligeramente alterada.

—Roy… Creo que he encontrado algo interesante. Parecen los restos de un cohete ruso de reconocimiento.

Leans arqueó las cejas. Incrédulo.

—¿Un cohete ruso?

—Eso he dicho, Roy. Y no estoy delirando. Un cohete ruso que, por supuesto, no pertenece a nuestro siglo.

—Sigue emitiendo señales, Elliot. Vamos a tu encuentro.

Roy Leans conectó el auto-radar del «Snake-ACX», a la vez que volvía a hacerse cargo de la conducción del vehículo.

A la máxima velocidad.

Diez minutos más tarde, divisaban a Elliot Baldins. Sin funcionar su cinturón-cohete. Permanecía al borde de un cráter de unas veinte yardas de diámetro.

Leans y Rosalind descendieron del. «Snake-ACX».

—Ahí lo tienes, Roy —dijo Baldins, señalando hacia el interior del cráter.

Roys Leans contempló, estupefacto, la estructura metálica que sobresalía del suelo.

Sí.

No había duda.

Era la parte superior de un primitivo cohete ruso de reconocimiento. Incluso podía leerse su nombre.

Aleko-V.

—¿Qué opinas, Roy?

—Estabas en lo cierto... Es un cohete ruso. Posiblemente, de finales del siglo XX.

—Me parece correcta tu apreciación. Sin duda, a base de combustible compuesto de hidrógeno y oxígeno líquido. El *Aleko-V*... Un cohete ruso. Tiene gracia. Al Gran Triunvirato se le llenaría los ojos de lágrimas.

—¿No te sorprende su perfecto estado de conservación, Elliot? Máxime en un planeta que, por tener atmósfera, sufre erosión. Son muchos los años transcurridos desde que este cohete llegó a Marte. Parece como recién salido de la pista de lanzamiento.

Rosalind intervino:

—Tal vez haya permanecido todo el tiempo bajo tierra; aunque ahora asome su parte superior.

—Es posible... Vamos a intentar desenterrarlo. Puede que nos revele algo interesante.

Roy Leans, de la caja de material del «Snake-ACX», atrapó un cable de poder electroimán. Uno de los extremos quedó sujeto al vehículo.

Elliot Baldins, merced al cinturón-cohete, descendió con facilidad al interior del cráter, procediendo a enlazar con el cable la parte visible del artefacto.

Cuando se disponía a retornar junto a sus compañeros, quedó inmóvil.

Rígido.

Con la mirada fija en el túnel que nacía en el fondo del cráter.

—¡Elliot...! ¿Qué ocurre?

La llamada de Leans le hizo reaccionar.

Ascendió a la cima.

Pálido.

—Allí... en el fondo... Hay una especie de galería subterránea. He visto huellas en la entrada.

—¿Huellas? ¿Qué clase de huellas, Elliot?

Baldins tragó saliva.

—Huellas humanas.

* * *

La recuperación del primitivo cohete ruso quedó olvidada.

Habían descendido al fondo del cráter.

Sí.

Allí estaban.

A la entrada del túnel. Marcadas sobre la arenácea tierra rojiza. Muy visibles.

—¿Qué puede ser? —murmuró Rosalind, con tenue voz—. Parecen recientes.

Roy Leans se había inclinado para contemplarlas con más detenimiento.

Fue imitado por Baldins.

—Un animal cuadrúpedo... algún primate antropomorfo. —Leans posó la palma de su mano izquierda sobre la tierra. Junto a una de las huellas allí existentes—. Es muy semejante a la nuestra. Un poco más grande. Y con poderosas uñas. Se clavan en la tierra como punzones.

—Siempre se consideró Marte como un planeta sin vida. Limitado únicamente a microorganismos primitivos y vegetación ínfima. Estas huellas demuestran todo lo contrarío. Debe tratarse de un animal dotado de inteligencia. Burló, durante siglos, los cohetes de reconocimiento lanzados sobre Marte.

—Tal vez hizo algo más.

—¿Qué quieres decir?

Roy Leans entornó los ojos.

Fijos en aquellas huellas.

—Sólo recuerdo a los astronautas misteriosamente desaparecidos.

—El túnel es amplio. ¿Echamos un vistazo?

—¡No!

La súbita exclamación de Rosalind hizo sonreír a los dos hombres.

—No seas niña, Rosalind —dijo Leans, palmeando significativamente la multifuego «ZOA-777», que pendía de su ancho cinturón—. ¿Qué podemos temer?

—Puedes esperar aquí.

La muchacha negó con un movimiento de cabeza la sugerencia de Elliot Baldins.

—Prefiero acompañaros.

Se adentraron por la galería.

Debían avanzar ligeramente encorvados.

Roy Leans iba en primer lugar.

La oscuridad les fue envolviendo.

De ahí que Roy Leans desenfundara la «ZOA-777» Manipuló en el anillado cañón. Un cono de opalescente luz surgió del extremo. Graduado al mínimo. En su máxima potencia, aquel foco se convertía en cegador rayo

—No parece tener fin...

Recorrieron unas trescientas yardas.

Desembocaron perpendicularmente en una segunda galería.

Roy Leans dudó en el camino a seguir.

—Yo iré por el lado izquierdo —decidió Baldins—. Nos comunicaremos por radio para orientarnos.

—De acuerdo.

Roy Leans y Rosalind prosiguieron por el túnel de la derecha. Trazaba un amplio semicírculo. Encontraron nuevas galerías. Era como un gigantesco laberinto subterráneo.

La joven avanzaba, pegada a Leans.

Sujetando con fuerza su brazo.

Roy Leans accionó el transmisor acoplado al cinturón

—Elliot..., ¿puedes oírme?

—Te escucho, Roy. ¿Dónde te encuentras?

—Estamos recorriendo varias circunferencias concéntricas. Comunicadas entre sí por diferentes pasos.

—Esa es también mi impresión, Roy. Estoy en el segundo círculo. Esto me recuerda a...

—El nido de un topo.

Les llegó la risa de Baldins.

—Exacto, Roy. La madriguera de un topo a escala gigantesca. Voy a introducirme en el tercer círculo.

—También nosotros.

De nuevo caminaron por un largo arco. Aún más espacioso. Una de las galerías les llevó a la anular explanada. De enorme diámetro. Todos los túneles parecían concluir allí.

Descubrieron a Elliot Baldins en una de las grutas opuestas.

Avanzaron hasta reunirse en el centro de aquel grandioso disco.

—Es extraño... En todo mi recorrido no he vuelto a encontrar huella alguna.

—Tampoco nosotros, Elliot. Parece como si aquellas huellas fueran exclusivamente para llamar nuestra atención. Al igual que el descubrir parte del cohete ruso. Un artefacto que, dado su perfecto estado de conservación, permaneció sin duda cuidadosamente enterrado. Alguien lo asomó a la superficie. Deliberadamente. Convencido de que investigaríamos hasta terminar en esta especie de ratonera.

—Valoras en demasía la inteligencia de ese cuadrumano.

Súbitamente, Rosalind comenzó a gritar.

Un desgarrador alarido de terror.

Muy lógico.

De todas aquellas galerías que conducían a la circular explanada surgieron monstruosos seres.

Antropomorfos.

Caminaban arrastrándose por el suelo. A cuatro manos. Sus extremidades delanteras, más cortas que las de atrás. Manos anchas y robustas, con cinco dedos armados de curvadas y poderosas uñas de gran tamaño. Cuerpo protegido por un fuliginoso pelaje muy brillante. La cabeza era pequeña. Desproporcionalmente alargada. De la saliente boca asomaban afilados colmillos. Los ojos eran diminutos. Cubiertos por una membrana hialina.

Perfectos hombres-topo.

CAPITULO V

Comenzaron a avanzar.

En círculo.

Rodeando a Leans, Baldins y Rosalind.

Emitiendo extraños sonidos.

—Ignoro lo que dicen, pero sus intenciones no parecen pacíficas —masculló Baldins, haciendo girar uno de los discos del cañón de su «ZOA-777»—. Les daré un escarmiento.

—Espera, Elliot... Se han detenido.

Aquellos deformes seres habían cerrado su círculo en torno a ellos. Había más de cincuenta en la explanada. Y continuaban apareciendo por las diferentes grutas.

Cesaron sus guturales sonidos.

Fue entonces cuando se adelantó uno de ellos.

Arrastrándose hasta quedar a pocas yardas del sitiado trío. Se alzó levemente. Como si quisiera incorporarse, pero sus manos apenas se levantaron unas pulgadas del suelo.

Y comenzó a hablar.

Ante el estupor de los tres compañeros.

—Sois terrestres, ¿verdad?... Yo soy el jefe de los hombres-topo. Algunos de mi pueblo, los más inteligentes, conocemos vuestro idioma. Nos lo enseñó uno de los primeros astronautas que procedían de la Tierra. Luego, fue devorado. Al igual que los restantes que le sucedieron. Es la suerte que les corresponde a todos cuantos pisan Marte.

—¿Por qué?

El repulsivo ser alzó la cabeza.

Pareció fijar sus diminutos ojos en Roy Leans; pero simplemente se guió por la voz. Sus ojos, velados por aquella tenue piel, no podían ver.

—Supervivencia, terrestre. Esa es la palabra. Somos hombres-topo. Así nos clasificó el astronauta. Por semejanza con cierto animal de la Tierra. Hace siglos, infinitos siglos, en una época que ninguno de nosotros llegó a conocer, Marte estaba dotado de mares, ríos, lagos... El suelo era fértil y muy superior al de la Tierra. Mis lejanos antepasados eran semejantes a vosotros. Caminaban erguidos. Sus ojos podían ver. Fueron etapas de esplendor. Se construían confortables ciudades cuando en la Tierra iniciaba el hombre su período antropozoico. Paulatinamente, Marte comenzó a declinar. Una lenta fase de extinción. El agua se infiltró, convirtiendo el fértil terreno en desiertos. La vegetación desapareció. Un lento y angustioso perecer.

«Marte se puede considerar ya como un planeta sin vida. Tal como se conoce en la Tierra. El hambre y la desolación se adueñó del planeta. Se devoraban entre sí. Algunos escarbaron la tierra en busca de gusanos, larvas, insectos... Se originó una metamorfosis. El primitivo marciano, altivo, superdotado e inteligente, sufrió una transmutación. Nosotros somos los últimos de una raza a extinguir. Hemos construido una ciudad subterránea, en las entrañas de Marte. Deambulamos por túneles y canales en busca de alimentos. Gusanos, larvas, insectos... Lo único que nos queda en este desolado planeta.

Roy Leans le respondió con firme voz:

—Lamento vuestra situación; pero no vamos a dejarnos cazar. Supervivencia. Tú lo has dicho. Defenderemos nuestras vidas.

—De poco os servirá. Habéis caído en una trampa mortal. El mostraros parte de uno de los cohetes capturados fue el cebo. Conocemos la curiosidad de los terrestres. Luego, las huellas. Las galerías disponen de respiraderos. Nada os impediría entrar a investigar. Hacia vuestra tumba.

—En nuestra cosmonave disponemos de alimentos en abundancia —dijo Leans, en un último intento de evitar el enfrentamiento—. Podemos repartir con vosotros.

El hombre-topo rió.

En una ronca, gutural e infrahumana carcajada.

—Vuestra cosmonave será engullida de un momento a otro. El resto de mi pueblo está ahora bajo ella. Escarbando la tierra. Construyendo un enorme pozo de gran profundidad. La cosmonave será tragada por la tierra, y conducida hasta nuestra ciudad subterránea. No hay salvación para vosotros.

Roy Leans palideció.

Si perdían a *Starlight* quedaban irremisiblemente condenados.

—Mataremos a muchos de vosotros...

—Por supuesto. Y yo seré la primera víctima. No importa. Serviré de alimento. Junto con vosotros.

—¡No perdamos más tiempo! —gritó Elliot Baldins, accionando el disparador de su «ZOA-777»—. ¡Sujetaros a mí!

El fogonazo que brotó del cañón de la «ZOA-777» envolvió al jefe de los hombres-topo. Impulsándole hacia atrás, con brutal violencia. Su cuerpo empezó a descomponerse. Calcinado. En una fracción de segundo.

La potencia del arma, no conocida por aquellos deformes seres, les aturdió.

Reaccionaron, profiriendo espeluznantes alaridos.

Lanzándose al ataque.

Rosalind había atenazado con sus brazos el cuello de Elliot Baldins. Este ya se elevaba del suelo, acelerando su cinturón-cohete.

—¡Rápido, Roy!

Leans pulsaba una y otra vez el disparador de su «ZOA-777».

Las terroríficas descargas no contenían el avance de aquellos monstruos. Los hombres-topo pasaban rugiendo sobre los restos de sus calcinados compañeros.

Uno de ellos logró atrapar la pierna derecha de Leans.

Presionándola con sus poderosas zarpas.

Roy Leans le disparó a bocajarro, aunque presionando el gatillo en su primera posición. Evitando así que la cegadora descarga le alcanzara también a él.

El hombre-topo soltó su presa.

Elliot Baldins, evolucionando sobre la cabeza de Leans, y sin cesar de disparar, volvió a exclamar:

—¡Roy, maldita sea...! ¡Sujétate a mí!

Leans extendió su zurda, realizando un acrobático salto. Se aferró a la bota derecha de Baldins. Este aumentó ahora la altura.

Sobrevolaron por el curvado techo.

En busca de una salida.

En todos los túneles se apiñaban los hombres-topo Bloqueándolos. Sin cesar en sus infrahumanos y ensordecedores gritos.

—¿Qué hacemos, Roy…? ¡Hay que salir de aquí! ¡Tenemos que salvar la cosmonave!

—¡Imposible escapar por las galerías…! Cientos de ellos las taponan… ¡Centraremos el fuego en un punto del techo! ¡Abriremos un camino!

—Podemos ocasionar un derrumbamiento, Roy. Y quedar sepultados.

—¡Correremos el riesgo!

Roy Leans unió la acción a la palabra.

Presionó a fondo el gatillo de la «ZOA-777». Enfocando un distante punto del embovedado techo.

Elliot Baldins le imitó.

Dejó de disparar sobre los hombres-topo para encañonar el punto elegido por su compañero.

Dando también la máxima potencia a la «ZOA-777».

Se fue perforando el terreno. Como si se utilizara la más perfecta máquina de horadar.

Hasta dibujar un enorme boquete.

La cripta quedó bañada por la luz del sol.

El júbilo de los tres terrestres pasó desapercibido por el acrecentado rugir de los hombres-topo.

—¡Lo hemos conseguido…! ¡Lo hemos conseguido! —rió nerviosamente Rosalind, aferrándose con más fuerza al cuello de Baldins.

Roy Leans continuaba colgado de la bota derecha.

Utilizando los mandos de dirección del cinturón-cohete, Baldins realizó un vuelo en semicírculo para enfilar seguidamente hacia el abierto paso.

Salieron a la superficie.

A lo lejos, divisaron el «Snake-ACX».

Roy Leans se dejó caer.

Urgía comunicar con Bert Altman.

Antes de que fuera demasiado tarde.

Leans manipuló en el transmisor.

—¡Bert...! ¡Bert...! ¡Contesta, Bert...!

La respuesta de Altman se demoró unos segundos.

Interminables para Leans.

—Te escucho, Roy... ¿Alguna novedad?

—¡Abandona de inmediato el lugar donde te encuentras, Bert! ¡La cosmonave corre peligro! Desplazaros varias millas sin importar en qué dirección; pero alejaos de ahí.

—¿Qué ocurre, Roy?

—¡Obedece, maldita sea! —vociferó Leans—. Te localizaremos por el auto-radar. Mantén la cosmonave preparada para el despegue.

Elliot Baldins y Rosalind, que habían ido en busca del «Snake-ACX», regresaban en el vehículo para recoger a Leans.

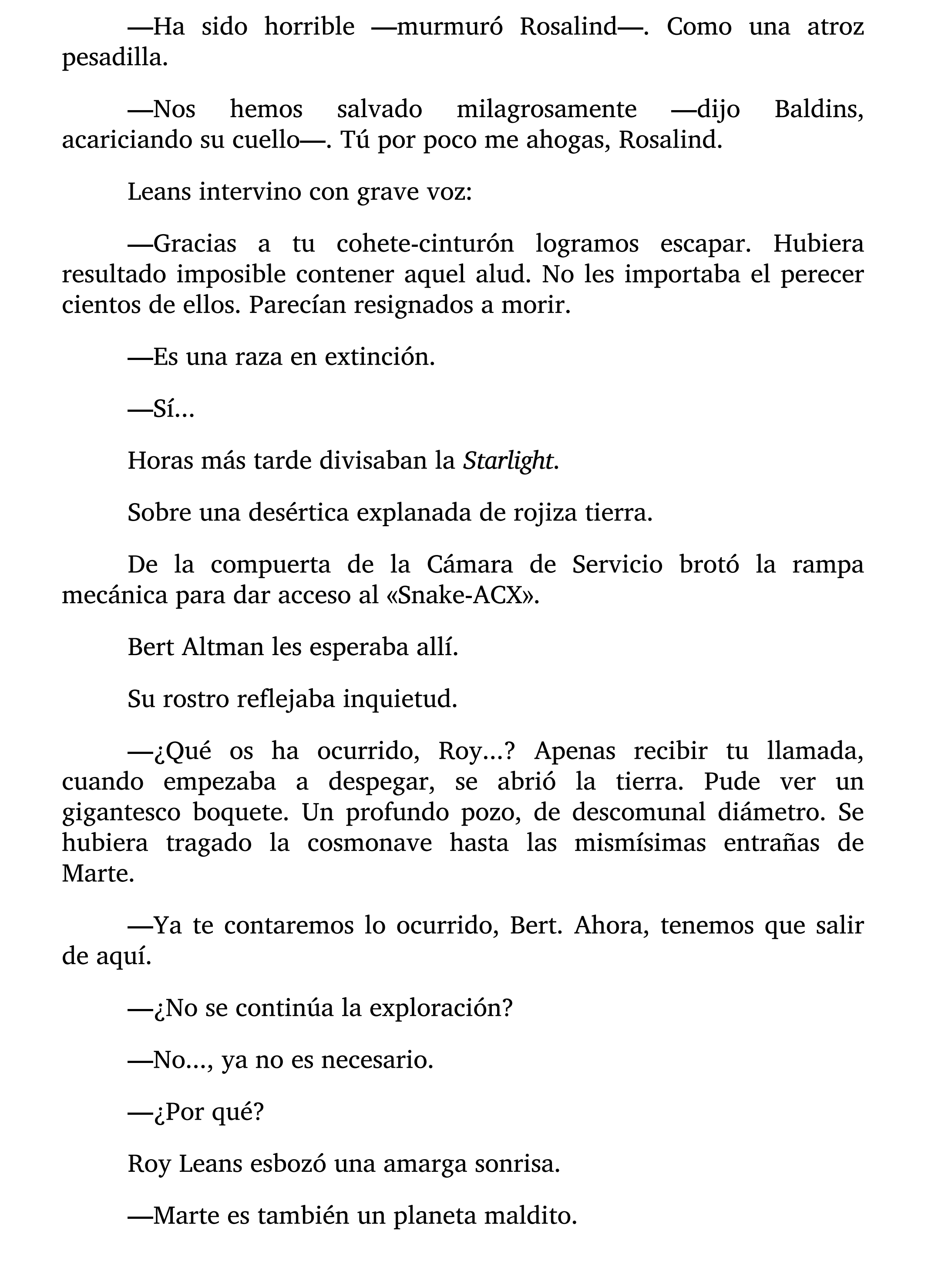
—¿Has comunicado con Bert?

Roy Leans asintió, encaramándose en la parte trasera del «Snake-ACX».

—Afortunadamente, hemos llegado a tiempo. Conecta el auto-radar. Ordené a Bert que se desplazara a cualquier otro lugar de Marte.

El vehículo se alejó a gran velocidad.

Surcando los canales y cráteres que proliferaban sobre el terreno.



—Ha sido horrible —murmuró Rosalind—. Como una atroz pesadilla.

—Nos hemos salvado milagrosamente —dijo Baldins, acariciando su cuello—. Tú por poco me ahogas, Rosalind.

Leans intervino con grave voz:

—Gracias a tu cohete-cinturón logramos escapar. Hubiera resultado imposible contener aquel alud. No les importaba el perecer cientos de ellos. Parecían resignados a morir.

—Es una raza en extinción.

—Sí…

Horas más tarde divisaban la *Starlight*.

Sobre una desértica explanada de rojiza tierra.

De la compuerta de la Cámara de Servicio brotó la rampa mecánica para dar acceso al «Snake-ACX».

Bert Altman les esperaba allí.

Su rostro reflejaba inquietud.

—¿Qué os ha ocurrido, Roy…? Apenas recibir tu llamada, cuando empezaba a despegar, se abrió la tierra. Pude ver un gigantesco boquete. Un profundo pozo, de descomunal diámetro. Se hubiera tragado la cosmonave hasta las mismísimas entrañas de Marte.

—Ya te contaremos lo ocurrido, Bert. Ahora, tenemos que salir de aquí.

—¿No se continúa la exploración?

—No…, ya no es necesario.

—¿Por qué?

Roy Leans esbozó una amarga sonrisa.

—Marte es también un planeta maldito.

* * *

Starlight, pese a su vertiginosa velocidad, parecía flotar, inmóvil, en el mágico marco del espacio.

Los tripulantes de la cosmonave permanecían silenciosos.

Pensativos.

Bert Altman, tras una prolongada pausa, movió enérgicamente la cabeza de un lado a otro.

—Parece imposible. Si los primeros moradores de Marte alcanzaron tan elevado grado de tecnicismo..., ¿cómo no lograron predecir y evitar la extinción del planeta?

Baldins mascaba una pastilla de *stimulating gum*.

Sonrió con sarcasmo.

—¿De qué te sorprendes, Bert? Nuestros hermanos de la Tierra siguen idénticos pasos. Dominados por la megápolis, se nutren de alimentos sintéticos y artificiales. Las extremas medidas anticontaminación llegaron cuando ya nada había por salvar. Demasiado tarde para revivir la Naturaleza. ¿Preocupa eso al Gran Triunvirato? ¡No, maldita sea! Ellos son dioses. Orgullosos de su inteligencia. De sus poderes. ¿Hasta cuándo? ¿Cuándo empezará la transmutación, obligada por las circunstancias? ¿En qué se convertirán los terrestres? ¿Hombres- rata? ¿Hombres-sapo? Malditos... ¡Malditos seamos todos!

—Tranquilízate, Elliot.

El consejo de Leans no fue escuchado.

—¿Tranquilizarme? ¡Todos somos culpables, Roy! ¡Nosotros, nuestros padres, nuestros abuelos...! ¿Cómo hemos permitido que la Tierra llegue a ser gobernada por un control como el del Gran Triunvirato? ¿Por qué hemos consentido que se nos arrebate la libertad, a cambio de un placer programado?

Roy Leans, aun compartiendo la amargura de su compañero, trató de animarle:

—Nosotros hemos luchado contra eso, Elliot; pero ya era demasiado tarde para remediarlo. Nuestra recompensa fue Prisión Lunar-Uno. Hemos escapado de allí. Burlado el control y poder del Gran Triunvirato. Nadie dicta ahora y programa nuestros actos. Somos libres. En busca de un lugar donde vivir con dignidad. No debe desanimarnos lo ocurrido en Marte. Ya lo considerábamos, de

antemano, un planeta no habitable.

Elliot Baldins se dejó caer en uno de los asientos de la Cámara de Mando.

Cansinamente.

Mesó con nerviosismo sus cabellos.

—Lo sé... Sólo me desespera el que Marte haya sucumbido en los mismos errores que ahora reinan en la Tierra. Temo que nos ocurra igual, en los restantes planetas.

—Hay que mantener la esperanza.

Baldins sonrió.

Con pesimismo.

—Empiezo a desconfiar de todos los humanos, pero proseguiremos nuestro deambular. En algún lugar, tal vez el más lejano e insignificante de la galaxia, encontremos un hogar.

Los ojos de Rosalind, con un dulce brillo, capaz de eclipsar a las más luminosas estrellas, se posaron en Baldins.

—Al menos confía en Dios, Elliot.

—Sí... Es verdad. En la Tierra, le han olvidado. Han dejado de creer en El. Pero aquí, en este insondable y mágico escenario, su presencia se hace irrefutable.

Bert Altman, queriendo desviar la conversación hacia temas más intrascendentes, intervino con su peculiar risa:

—¡Basta ya de palabrería...! Necesito ayuda en el orientador de vuelo. Mercurio, nuestra segunda escala, nos espera con los brazos abiertos.

Acudieron a sus respectivos asientos.

Todos corearon la risa de Altman.

En estridentes carcajadas.

Con fingida euforia.

Con nula esperanza.

Interiormente, cada uno de ellos temía que su destino fuera un



eterno vagar por el espacio.

CAPITULO VI

Sólo la curiosidad les llevaba hasta Mercurio.

Los datos que se tenían del pequeño planeta eran desalentadores. Imposible albergar a los humanos del planeta Tierra.

Características totalmente dispares.

Mercurio, con años de ochenta y ocho días, estaba muy próximo al Sol; aunque ofreciéndole siempre una misma cara.

Resultando un brutal contraste.

Tórridas temperaturas de cuatrocientos grados en la cara iluminada, e inferiores a los doscientos bajo cero en la parte opuesta.

Escasa fuerza de gravedad.

Y, por consiguiente, careciendo de atmósfera.

Esa era la perspectiva de aquel amarillento planeta.

La cosmonave *Starlight* avanzaba hacia la zona de Mercurio no iluminada. Una franja de eternas sombras.

Rosalind dio un respingo al recibir uno de los datos suministrados por el «ojo sonda» enviado al planeta.

—Mirad... En las proximidades a la cara orientada al Sol existe atmósfera. Muy densa. Un halo que cubre gran parte del planeta.

—Atmósfera transitoria —argumentó Elliot Baldins—. Los cosmólogos de la Tierra la han detectado en varias ocasiones. Esa atmósfera escapa continuamente al espacio, alejada por el viento solar. Paulatinamente, vuelve a formarse, y de nuevo es impulsada al espacio. En algunos casos llega incluso a recubrir todo el planeta.

Roy Leans intervino:

—Aunque esa atmósfera nos fuera respirable, la temperatura reinante nos obliga a utilizar el yelmo. El frío congelaría nuestro rostro hasta trocearlo. Y en cuanto a su parte orientada al Sol... Demos gracias a nuestro traje especial «Cosmx», capaz de soportar ambos extremos.

—Considero absurdo descender en el planeta.

—¿Por qué, Elliot? —inquirió Leans, arqueando las cejas—. Sé que las posibilidades de encontrar ahí refugio son muy remotas; pero tenemos que intentarlo. Aunque sólo sea por investigar.

Baldins terminó por encogerse de hombros.

Procedieron a las complicadas maniobras de descenso.

Poco más larde, el ciclópeo trípode de la *Starlight* se posaba mansamente sobre la superficie de Mercurio.

En su zona de eterna penumbra.

Los cuatro tripulantes de la cosmonave se acoplaron el yelmo que se cerraba herméticamente al anillado equipo de respiración artificial. También cubrieron sus manos con guantes de fibra «Cosmx».

Por el aparato de resonancia situado en el yelmo, a la altura de la boca, sus voces eran audibles, recibiendo a la vez todo sonido.

Utilizaron la escalera de descenso de la Cámara de Mando.

El paisaje que se abrió ante ellos era desconsolador.

Triste.

Envuelto en un lúgubre y total silencio.

Polvo y rocas.

Colinas abruptas, vírgenes de todo tipo de erosión. Castigadas por un frío carente de la acción niveladora de la atmósfera.

—Bonito panorama...

—No seas sarcástico, Elliot —sonrió Rosalind—. Yo lo encuentro incluso hermoso. Bello en su espeluznante y sobrecogedora desolación. Es como un reino de fantasmas.

—Dudo que... ¡Cielos...! ¡Mirad allí!

Elliot Baldins extendió su brazo derecho, señalando hacia una de las escarpadas colinas.

Había surgido un extraño animal.

De cuatro patas. Cuerpo extremadamente largo y desproporcionado. Comenzó a aullar. Semejando al lobo terrestre. Acto seguido, descendió la colina, avanzando hacia los sorprendidos visitantes.

—Se dispone a atacarnos…

—Quieto, Elliot —ordenó Leans, impidiendo que su compañero desenfundara la «ZOA-777»—. Podemos esquivarle con el cinturón-cohete. No es necesario disparar.

El animal, sin cesar de aullar, se aproximaba en veloz carrera.

A unas trescientas yardas de distancia, comenzó a aminorar la marcha. Como si temiera la reacción de los cuatro cosmonautas.

Terminó por detenerse.

Ahora pudo ser contemplado con detenimiento.

Su cabeza era pequeña, en proporción con el alargado cuerpo. Redonda. Boca triangular. Nariz atrofiada. Unicular. Un solo ojo, que brillaba con infrahumana intensidad. Carecía de pelaje, pero su cuerpo estaba protegido por unas negruzcas y grasientas capas a modo de escamas. Sus patas terminaban en discoidales muñones repulsivos.

Leans se acercó.

Lentamente.

Evitando todo movimiento brusco.

—Cuidada, Roy…

Leans asintió con un movimiento de cabeza a la súplica de la muchacha.

Llegó junto al animal, que le contemplaba fijamente. Con aquel siniestro y único ojo enclavado en la parte superior de su pequeña cabeza. Destellante. Con peligroso fulgor.

La enguantada mano de Roy Leans se posó con suavidad sobre su cuerpo. No percibió palpitación alguna.

El animal se dejó acariciar dócilmente.

Bert Altman le había enfocado el detector «G-Astro».

Una súbita exclamación brotó de sus labios.

—¡Eh, amigos…! Estamos frente a un animal congelado. Así lo indica el «G-Astro». ¿Cómo diablos puede moverse?

Leans sonrió.

—La temperatura de su cuerpo es la apropiada para deambular por esta zona. Extraño animal… Es sorprendente su docilidad.

—Al principio intentó atacarnos, Roy. ¿Qué le haría cambiar?

—Lo ignoro. Su piel semeja una coraza. Difícilmente puede ser herido con arma blanca.

—Las patas son nauseabundas —murmuró Rosalind—. Parecen muñones. Como si hubieran sido amputadas.

—Me inclino por una metamorfosis.

Súbitamente, el animal dio un brusco respingo, alzando la cabeza.

Quedó unos instantes rígido. En tensión. Comenzó a aullar de nuevo, emprendiendo veloz carrera.

Alejándose como una exhalación.

—¿Qué puede haberle ocurrido?

—Algo le ha asustado —dijo Leans, trazando una semicircular mirada por el árido escenario—. Fue como si olfateara el peligro.

—No se ve a nadie…

—¿Qué es aquello? Aquel resplandor —inquirió Rosalind, señalando unos puntos luminosos que aparecían tras el horizonte—. Parecen rayos de sol.

Baldins denegó.

—Imposible. Esta parte de Mercurio jamás es iluminada por el Sol.

—¿Entonces…?

Quedaron contemplando aquellos focos luminosos.

Cada vez más potentes.

Acentuando su luminosidad.

—Creo que fue eso lo que alertó a nuestro dócil amigo… Parecen bolas de fuego. Seis… no, ocho… Son ocho focos. Cada vez más cegadores.

Se dibujaron sobre el horizonte.

Y de pronto, comenzaron a aproximarse a fantástica velocidad.

Increíblemente rápidos.

—¿Qué nuevo horror es ése? —balbuceó Rosalind, con pálido rostro—. Son..., son...

Aquellos focos, al aproximarse, permitieron distinguir su silueta.

Eran figuras ovaladas. De unas tres yardas de altura. Con dos llameantes tentáculos en su parte superior e inferior. Cuerpos incandescentes. En constante ignición.

Fantasmagóricas figuras de fuego.

Bert Altman estaba consultando el «G-Astro».

Nerviosamente.

—Santo Dios... Son seres compuestos de una materia desconocida para nosotros... Imposible de definir... con cierta semejanza a la quinta materia terrestre.

—¡No es momento de investigaciones, Bert! —gritó Leans—. ¡Ya les tenemos ahí! ¡Corramos a la cosmonave!

Elliot Baldins había desenfundado su «ZOA-777».

Sin que Leans se lo impidiera ahora.

El peligro era demasiado latente.

Accionó el gatillo de la «ZOA-777». En posición de multidisparo. Utilizando todas las variantes de destrucción de que era capaz el arma.

No logró el resultado deseado.

La terrorífica descarga envolvió a las dos extrañas criaturas de fuego más próximas; pero no consiguió detenerlas en su avance. Incluso pareció que acrecentaban su velocidad.

Roy Leans y Rosalind ya utilizaban el cinturón- cohete.

Fueron imitados de inmediato por sus compañeros.

Cuando iniciaba el vuelo, el detector «G-Astro» escapó de la mano derecha de Bert Altman, cayendo al suelo.

Altman descendió, posándose de nuevo en tierra.

—¡No, Bert...! ¡No! —gritó Leans, al contemplar la acción de su compañero—. ¡Ya están ahí...! ¡Bert...! ¡BERT!

Rosalind cerró los ojos.

Elliot Baldins, aunque continuaba disparando una y otra vez la «ZOA-777», también los cerró instintivamente.

Sólo Roy Leans contempló el inicio de aquella espeluznante escena.

Dos de las satánicas criaturas de fuego se habían abalanzado sobre Bert Altman. Atenazándole con sus llameantes tentáculos.

Inmovilizándole.

Formando con él una incandescente esfera.

Los tentáculos le arrebataron el yelmo.

Fue entonces cuando el desgarrador grito de Bert Altman quebró el sepulcral silencio del planeta.

Leans sí cerró ahora los ojos.

Fue el propio Elliot Baldins quien le zarandeó.

—Vamonos, Roy... Tenemos que llegar antes que ellos a la cosmonave.

Roy Leans reaccionó.

Unió sus manos a las de Rosalind y Baldins, acentuando así la velocidad de sus respectivos cinturones- cohete.

Volaron al máximo.

Conscientes del peligro.

Aquellas demoníacas figuras llameantes estaban ya cerca de *Starlight*. Sin duda para impedirles la entrada, pero no lo lograron.

Los tres amigos llegaron antes.

Penetraron en la cosmonave, cerrando de inmediato la compuerta de la Cámara de Mando.

Justo en el momento en que cinco de aquellas infernales criaturas se aferraban al trípode.

—¡Despegaremos sin replegar el trípode de apoyo! —exclamó Leans, ya frente al tablero de instrumentos—. ¿Todo preparado, Elliot?

Starlight rugió en su vertical ascenso.

Rosalind había conectado las cámaras de televisión exteriores.

En el cuadro de pantallas recibió las imágenes.

Las fluorescentes figuras de fuego comenzaron a dejarse caer. Abandonando el trípode. Una de ellas, al demorarse en demasía, escapó a la reducida fuerza de gravedad existente en Mercurio. Quedó flotando en el espacio. Braceando sus llameantes tentáculos. Como si demandara auxilio.

—¿Queda alguno sobre la cosmonave?

Rosalind, antes de responder, consultó una vez más las diferentes pantallas que suministraban imágenes desde todos los ángulos.

Desconectó el sistema de televisión.

—No, Roy...

Permanecieron en silencio.

Sin atreverse a comentar la tragedia.

Roy Leans se incorporó, acudiendo al ventanal.

Mercurio se iba convirtiendo paulatinamente en un diminuto punto. Una pequeña e insignificante esfera en la inmensidad del espacio.

—Adiós, Bert...

La maldición de Baldins resonó en la estancia.

—Sí... ¡Adiós, Bert...! Para recibir tan horrenda muerte, hubiera sido preferible la esclavitud de Prisión Lunar- Uno.

Leans giró.

Contemplando fríamente a Baldins.

—¿Quieres volver, Elliot? Podemos sobrevolar la Luna o la Tierra, y lanzarte en una de las cápsulas paracaídas. Tal vez el Gran Triunvirato te perdone la vida, a cambio de información sobre los

planetas Marte y Mercurio. ¿Qué respondes, Elliot?

Baldins inclinó la cabeza.

Escapando a la dura mirada de Leans.

—Perdonadme… Cualquier muerte, aun la más espeluznante, es mejor que una vida de esclavo. Somos vagabundos del espacio. Prosigamos nuestro peregrinar.

CAPITULO VII

Un reparador y prolongado sueño les había calmado; aunque mantenían en sus rostros el pesimismo y la tristeza.

La muerte de Bert Altman les había impresionado.

—Hemos pecado de imprudentes, y recibido una dura lección. A partir de ahora, antes de explorar alegremente un planeta, tomaremos todo tipo de medidas.

—¿Acaso no lo habíamos hecho, Elliot? El «ojo sonda» no transmitió ninguna anormalidad. El planeta parecía desierto. ¿Cómo detectar la presencia de los hombres- topo? En cuanto a esas infernales criaturas de fuego… creo que ninguna de las armas existentes en *Starlight* lograría abatirlas. Son engendros de Satanás.

—Bert mencionó una quinta materia, pero esos extraños seres parecían etéreos. Incorpóreos —dijo Rosalind, sin evitar un leve temblor en su voz—. Como si el fuego tomara vida propia y comenzara a caminar.

Roy Leans chasqueó la lengua.

Apesadumbrado.

—Bert encontró cierta semejanza con la quinta materia terrestre; pero el «G-Astro» no consiguió determinarla. En la Tierra se hallan cuerpos en cinco estados conocidos. Líquido, gaseoso, sólido, plasma y suprametal. Este último, descubierto hace poco más de un siglo. A temperaturas increíblemente altas, la presión ejercida sobre los átomos altera la estructura de los electrones. La materia se convierte entonces en una especie de metal, con un núcleo de átomos estables y un número de electrones atómicos en movimiento libre. La proximidad del Sol con Mercurio, sus tórridas irradiaciones, tal vez hayan creado aquellos espectros de fuego.

—Parecían actuar con inteligencia. Al vernos volar en dirección a la cosmonave, trataron de impedirnos la entrada. Aquel animal escapó, al adivinar que se acercaba. Como si temiera ser cazado.

Leans se pasó una mano por la frente.

Sin responder.

Aquello hizo reír a Baldins.

—No hagas más preguntas ni aventures hipótesis, Rosalind. No podemos responderte. Nuestra inteligencia, comparada al todo que ignoramos, es insignificante. Ridicula. No encontramos explicación alguna a estos fenómenos. Tú, Rosalind, con la «inteligencia» de una computadora capaz de programar el vuelo de *Starlight*, te muestras confusa y aturdida. ¿No es cierto?

La muchacha sonrió.

—Sí…

—Roy y yo, antes de conspirar contra el Gran Triunvirato, éramos ilustres científicos en la Central de Energía Atómica. Cuando nos trasladaron a Prisión Lunar- Uno ampliamos nuestros conocimientos, al ser sometidos a todo tipo de estudios peligrosos y experimentos. Y ahora se demuestra que poseemos una inteligencia ridícula.

—Lo más gracioso es que el Gran Triunvirato se vanagloria del perfeccionamiento y tecnología alcanzados —dijo Leans—. También ellos van a recibir una dura lección.

—Será un castigo buscado y merecido.

Roy Leans retornó al tablero de mando.

Se acomodó en el asiento.

Cansinamente.

Entornó los ojos.

—Venus… Diosa del Amor… Engendrada de la espuma del mar, esposa de Vulcano y sensual amante del Dios de la Guerra, corruptora del hijo de Zeus; pródiga concubina de los dioses…

Baldins rió en irónica carcajada.

—Muy romántico, Roy. Escucha ahora mi versión. Venus, planeta poco más pequeño que el nuestro, mantiene toda su superficie eternamente oculta por una densa capa de nubes, compuesta principalmente por letal y asfixiante anhídrico carbónico. Encerrado por completo, sin el menor resquicio, en esa atmósfera nebulosa y eterna.

—¡Cielos, Elliot…! Tu pesimismo es crónico.

Roy Leans rió el comentario de la muchacha.

—Déjale, Rosalind. Venus es precisamente el planeta con más posibilidades para nosotros. De características muy semejantes a la Tierra.

—Su atmósfera…

Leans interrumpió con un ademán a la muchacha.

Le dirigió ahora una animosa sonrisa.

—Ese mortal anhídrido carbónico abunda en su capa más externa, Rosalind. Junto con nitrógeno, vapor de agua y oxígeno. Tal vez, al igual que ocurre en la Tierra, el letal anhídrido carbónico sea absorbido por el mundo vegetal, existente en Venus.

—Por supuesto —replicó Baldins, sin abandonar su hiriente sarcasmo—. Todo entra en lo posible. Cualquier hipótesis. Apenas se tienen datos concretos del planeta Venus. Esa densa capa envolvente le ha mantenido en secreto a la investigación de siglos.

—Es muy semejante a la Tierra. En tamaño, diámetro y densidad. Eso sí lo sabemos. Años de doscientos veinticinco días. Un movimiento retrógrado sobre su eje y…

Baldins volvió a reír.

En irónica y amarga carcajada.

—Sigue, Roy. ¿Qué más?

—¡Está bien, maldita sea! Lo que conocemos de Venus es muy poco; pero eso no le descarta. Todo lo contrario. En Marte y Mercurio teníamos remotas posibilidades. Aquí, al desconocer lo más importante del planeta, se mantiene la esperanza.

—Todo saldrá bien —las palabras de Rosalind, más que afirmación, eran un ruego—. Estoy segura.

Las facciones de Elliot Baldins se endurecieron.

—Yo puedo añadir un dato más, relacionado con el planeta Venus, Roy. Un dato muy importante para nosotros.

—¿De veras?

—Es el último de los planetas denominados «terrestres». Marte, Mercurio y Venus. Los restantes de nuestro Sistema Solar, infinitamente lejanos, son…, son otro mundo. Del todo desconocido. Contrario al nuestro. Lo reconoces, ¿verdad, Roy? De fracasar en

Venus..., ya no hay esperanza para nosotros.

Roy Leans no contestó.

Limitándose a un leve movimiento de cabeza.

Afirmativo.

Corroborando las palabras de Elliot Baldins.

Sí.

Venus era la última esperanza.

CAPITULO VIII

La *Starlight* atravesó, majestuosa, las diferentes capas atmosféricas que herméticamente encerraban al planeta Venus.

Venus.

Divisaron el planeta.

Una esfera luminosa.

Poseedora de un extraño brillo.

Su hemisferio norte, extremadamente montañoso, mientras que el sur aparecía plano. Grandes zonas representaban superficies accidentadas, indicadoras de altas cordilleras.

Una orografía semejante a la de la Tierra.

—Primera velocidad cósmica —anunció Elliot Baldins—. ¿Mantenemos la altura, Roy?

—Es lo más prudente. ¿Qué hay del «ojo-sonda», Rosalind?

—Dispuesto su lanzamiento.

—Entonces...

Leans se interrumpió.

Alertado por los puntos surgidos en la pantalla de radar.

Elliot Baldins se percató de ello.

—¿Qué puede ser eso, Roy?

—Lo ignoro, Elliot; pero se aproximan a endiablada velocidad. Pronto los tendremos a la vista. Aunque no parecen proyectiles bélicos, mantendremos en funcionamiento nuestro sistema anti-cohetes.

—¿Conecto el A.R.A.?

Leans dudó.

«Ataque Represalia Automático.»

Todo el mecanismo bélico-destructor de *Starlight* actuaría al

instante, de ser atacado.

—Sí, Elliot… Ya les tenemos ahí —respondió Leans, con la mirada fija en el radar—. Han disminuido la velocidad.

—¡Recibo una señal por radio! —exclamó nerviosamente Rosalind.

—¡Amplificador de cabina!

Rosalind obedeció, accionando los altavoces de la Cámara de Mando.

Les estaban hablando en una extraña lengua. Totalmente desconocida para ellos.

—¿Qué diablos…? ¡Mirad! —gritó Baldins, señalando al visor delantero—. Son… ¡Son cazas!

Ya no era necesario el radar.

Estaban allí.

Rodeando la cosmonave.

Eran, en efecto, como un caza interceptor terrestre. Bombarderos atómicos, de finísimo fuselaje.

Todos ellos de un mismo modelo.

De aerodinámico diseño. Plano de sustentación extremadamente deltoide. Cola de tres aletas. Bajo el fuselaje, cohetes bélicos aire-aire. También se adivinaban compartimientos internos, almacenando proyectiles nucleares.

—Ahora nos hablan en otra lengua, Roy… Igualmente desconocida para nosotros. ¿Qué les respondo?

—Yo lo haré, Rosalind. Prepara el *cassette* de señales de salutación. El primero de ellos.

—¿El primero?

—¡Sí, maldita sea! ¡El primero! Esperemos que al menos conozcan el alfabeto Morse.

Roy Leans ya estaba frente a los mandos de comunicación.

Tragó saliva.

—Aquí la cosmonave *Starlight* en misión pacífica… Repito… No somos enemigos… No somos enemigos…

No les llegó respuesta.

De ningún tipo.

Los minutos transcurrieron, lentos y angustiosos.

Los seis bombarderos continuaban rodeando a la cosmonave.

Cuando Rosalind, a una indicación de Roy Leans, se disponía a introducir el *cassette* para su reproducción por radio, recibieron la respuesta.

En una germanía que sí les era familiar.

Un arcaico inglés del siglo XX.

—Cosmonave *Starlight*… Les habla el jefe de Seguridad, desde la base central de tierra… Hemos descifrado su llamada, deduciendo que se trata de una nave extravenusiana. ¿De dónde proceden y cuáles son sus intenciones? Responda de inmediato.

Roy Leans intercambió una mirada con sus dos compañeros.

Inspiró profundamente.

—Procedemos de un planeta al que denominamos Tierra. Nuestras intenciones son pacíficas. Solicitamos autorización para aterrizar.

Nueva demora en la respuesta.

Les llegó una voz fría e impersonal:

—Sigan nuestras instrucciones escrupulosamente. Tomarán tierra en nuestra base central de Seguridad. Lejos de cualquiera de nuestras ciudades superpobladas. Espero lo comprendan. Deben ser sometidos a reconocimiento. Ignoramos si son portadores de gérmenes nocivos para nosotros.

—Lo comprendemos perfectamente, aunque esas mismas precauciones nos inquietan a nosotros. Desconocemos si la atmósfera es…

Leans fue interrumpido:

—Es apta para los terrestres. Conocemos muchas cosas de la

Tierra. ¿Cuántos son los astronautas de *Starlight*?

—Tres.

—Perfecto. Ahora, sigan las instrucciones. Pilotan una cosmonave perfecta. De una muy avanzada tecnología.

Les permitirá tomar tierra en pocos minutos. Sean bien venidos a Venus.

Aquellas palabras, lejos de agradar a Roy Leans, le preocuparon. Como si un sexto sentido le advirtiera de que algo funcionaba mal.

Contempló a Rosalind y Baldins.

Ambos sonreían.

Esperanzados.

Roy Leans les imitó, aunque con un fingido entusiasmo.

* * *

Starlight aterrizó en un espacioso aeropuerto.

El último recorrido lo realizó sin la inquietante escolta de los bombarderos.

Junto al aeropuerto se alzaba la base de Central Seguridad.

Un casco urbano de pequeña superficie. Casas tipo bungalow, protegidas en su totalidad por arcos de acero ligero y otras de plástico, en un bello diseño, pródigo en superficies curvas. Todas ellas dotadas de un espectacular sistema de iluminación.

Un longitudinal túnel móvil fue acoplado a la salida de la Cámara de Mando de *Starlight*.

Roy Leans fue el primero en abandonar la cosmonave.

Seguido de Rosalind y Elliot Baldins.

Caminaron por aquel largo pasillo transparente. Parecía construido en vidrio térmico, ligeramente coloreado.

Conducía a una de las casas construidas en la misma pista de aterrizaje del aeropuerto. De allí, mediante un suelo de plataformas

deslizantes, fueron introducidos en una cabina ascensor.

En todo aquel recorrido no se habían cruzado con ningún ser viviente.

Sin recibir órdenes.

La cabina inició el descenso.

Abrió la compuerta, tras realizar un considerable recorrido. En el subsuelo de la casa.

Rosalind se detuvo, apenas salir del elevador. Pálida.

Llevó sus manos a la garganta.

—¿Qué te ocurre, Rosalind?

—No…, no puedo respirar… Parece como si me faltara el aire…

Roy Leans trató de sostener a la muchacha.

Fue entonces cuando se percató de que no podía moverse. Estaba como paralizado. También él experimentó una angustiosa sensación de ahogo. Sus ojos comenzaron a nublarse.

Borrosamente, vio a Rosalind y Elliot Baldins caer, incapaces de mantenerse en pie.

También Roy Leans dobló las rodillas.

Intentó arrastrarse hasta la cabina ascensor.

Pugnando por mantener los ojos abiertos.

No lo consiguió.

Su última imagen fue el ver cómo fantasmagóricas sombras se inclinaban sobre él.

Unas negras figuras, que parecían surgidas del Averno.

CAPITULO IX

Rosalind entreabrió los ojos.

Lentamente.

Como si le pesaran los párpados.

Se encontraba sobre un confortable lecho. En una espaciosa habitación. De nulo mobiliario. Sólo aquella grandiosa cama, y la cercana mesa de noche.

Rosalind se incorporó, apartando la sedosa y ligera sábana.

Fue entonces cuando se percató de que estaba totalmente desnuda. Buscó con la mirada su traje «Cosmx»

Sin encontrarlo.

Abandonó el lecho.

Pese a su desnudez, no sintió el menor frío. La temperatura reinante en la estancia era agradable.

Los ojos de Rosalind quedaron ahora fijos en la pequeña caja rectangular, situada sobre la mesa de noche. Contaba con varios pulsadores y sus correspondientes pilotos luminosos.

Parecía un interruptor de mando a distancia.

Rosalind tendió su diestra.

Sin controlar un leve temblor.

Pulsó uno de los botones.

La música que sonó al instante, aunque suave y armoniosa, hizo dar un brusco respingo a la muchacha.

Recuperada de la sorpresa, presionó otro de los botones.

En una de las paredes de la estancia apareció una gigantesca pantalla aovada de televisión.

Rosalind volvió a pulsar el mismo mando.

La pantalla quedó de nuevo oculta.

Un tercer botón.

Rosalind vio ahora surgir del suelo un alargado armario, de hialinas paredes que permitían descubrir su contenido.

Aproximadamente unos cincuenta vestidos femeninos, cuidadosamente alineados. En la parte inferior, pequeñas cajas conteniendo ropa interior. En el lado opuesto, un buen surtido en modelos de zapatos y botas.

Rosalind acudió, sonriente.

Desaparecido ya su anterior temor.

Disfrutó, contemplando detenidamente aquellos vestidos. Unos femeninos modelos, ya postergados en la Tierra. El Gran Triunvirato, en su tiranía, dictaba un uniforme único, de obligada utilización.

Rosalind procedió a vestirse.

Al apoderarse de uno de los modelos, instantáneamente, una de las hojas hialinas del armario se transformaba en espejo.

La muchacha se contempló, con femenina coquetería.

Había seleccionado un corto vestido de fibra, muy suave y adherente. Dos franjas de tela cubrían sus senos, anudándose tras la nuca. La falda alcanzaba sólo hasta mitad del muslo. La espalda, al descubierto. Se ajustó un ancho cinturón, con adornos de oro Las botas, flexibles y ligeras, le llegaban hasta la rodilla.

Rosalind acudió a la mesa de noche.

Al pulsar el botón, el armario desapareció en el suelo, acoplándose al rectángulo del que había salido.

No quiso continuar pulsando los restantes mandos del interruptor.

Ahora deseaba salir de aquella habitación.

En una de las paredes se veía una línea recta, que iba desde el techo al suelo.

No fue necesario tocarla.

Al pisar las placas próximas, la puerta se abrió por aquella línea recta, que se fue haciendo cada vez más ancha hasta permitir el paso de la muchacha.

Rosalind se encontró en un largo corredor.

Al fondo, divisó la amplia estancia.

Un salón, dotado de confortable mobiliario, cámara de televisión mural, mostrador-bar, donde se alineaban infinidad de botellas...

Todo aquello pasó desapercibido para Rosalind.

—¡Roy...! ¡Roy...!

Roy Leans, acomodado en uno de aquellos sillones, se incorporó, sonriendo a la joven que corría a su lado.

La abrazó con fuerza.

Besando una y otra vez sus ojos, sus mejillas, sus labios...

Apasionadamente.

—Roy... Oh, Roy...

—Tranquilízate, pequeña. Todo marcha perfectamente. No temas nada. ¿Cómo te encuentras?

—Bien...; aunque he pasado mucho miedo, al encontrarme sola en aquella habitación.

—Cuando desperté, de inmediato fui a recorrer la casa. Estamos en un confortable bungalow, Rosalind. Tres habitaciones, con su correspondiente sala de baño oculta, un salón comedor y cocina. Todo a nuestra disposición, menos la puerta de salida. Esa no se abre. Te vi durmiendo plácidamente, y esperé a que despertaras.

—¿Y Elliot?

Leans sonrió.

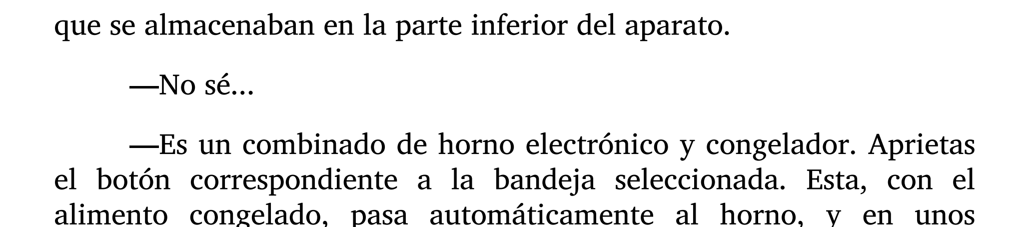
Rodeó los hombros de Rosalind, encaminándose hacia la sala contigua.

Allí estaba Elliot Baldins.

Frente a un extraño aparato.

—¡Hola, Rosalind...! Llegas a tiempo para el almuerzo —rió Baldins, mordisqueando algo muy semejante a un muslo de pollo—. Echa un vistazo para decir qué te apetece.

Rosalind contempló a través del cristal protector las bandejas



que se almacenaban en la parte inferior del aparato.

—No sé…

—Es un combinado de horno electrónico y congelador. Aprietas el botón correspondiente a la bandeja seleccionada. Esta, con el alimento congelado, pasa automáticamente al horno, y en unos minutos sale caliente y lista para servir. Un modelo muy semejante a los de la Tierra, aunque menos perfecto.

—¿Qué comes tú, Elliot?

Baldins se encogió de hombros.

—Lo ignoro. Puede ser un suculento muslo de pavo… o el de una gigantesca rata venusiana.

En el bello rostro de Rosalind se reflejó un mohín de desagrado.

—No…, no tengo hambre…

—No hagas caso a Elliot —rió Leans—. Debes tomar algo.

—¿Qué has comido tú, Roy?

—Pues… Me he limitado a un zumo. Con todo el sabor del albaricoque. Muy bueno.

—Aunque tal vez fuera jugo de cucarachas.

—Ya basta, Elliot —recriminó Leans, con falsa severidad—. Vamos al salón, Rosalind.

Elliot Baldins fue tras ellos.

En el mueble-bar, en recipientes metálicos, muy semejantes a hojas de aluminio, se veían diferentes clases de zumos.

Roy Leans, para evitar cualquier escrúpulo de la muchacha, bebió con ella.

—Me gustaría saber cuánto tiempo hemos estado inconscientes —dijo Baldins, dejándose caer en un semicircular sofá—. Me han quitado hasta el reloj, aunque han sido muy considerados, ofreciendo un armario repleto de ropa.

Baldins, al igual que Roy Leans, lucía un ajustado pantalón negro y camisa oscura, con cuello y puños ribeteados con cinta plateada. Botas de altas cañas.

—Eso no importa, Elliot. Cuando al salir de la cabina empezamos a perder el conocimiento, temí lo peor. Recuerdo unas negras sombras, inclinadas sobre mí. Ahora estoy más tranquilo. De querer hacernos algún daño, ya lo habrían intentado. ¿No es cierto?

—Nos narcotizaron con algún gas.

—Posiblemente.

—¿Por qué, Roy?

—Fueron unas medidas lógicas de seguridad. Para ellos somos seres de otro mundo. Deben tomar precauciones y desconfiar.

—Me encontraría más tranquilo con mi «ZOA-777».

Roy Leans quedó unos instantes en silencio.

Movió la cabeza de arriba abajo.

—Sí... También yo, Elliot. No me agrada estar aquí encerrado. Por muy confortable que sea la jaula.

—Puede ser una especie de cuarentena —dijo Rosalind—. No debemos mostrarnos recelosos. Venus, tras la desolación y el horror encontrados en Marte y Mercurio, se nos presenta como un planeta civilizado, y habitado por seres inteligentes.

Elliot Baldins rió.

Con su habitual sarcasmo.

—Cierto. Muy semejante a la Tierra. Tal vez... demasiado.

—¿Qué insinúas?

Leans intervino.

Adelantándose a la respuesta de su compañero.

—Creo que adivino el pensamiento de Elliot. ¿No te recuerda nada toda esta comodidad, Rosalind? Todo a nuestra disposición. Todo... menos la puerta de salida. Es como si disfrutáramos de un «Día-D», en las salas de recreo de Prisión Lunar-Uno.

CAPITULO X

Elliot Baldins profirió una soez maldición.

Furioso.

—¡Ni una sola botella contiene alcohol! Las he probado todas. ¡Bebidas repugnantes...! Me han dejado la boca pastosa. ¿Por qué diablos tienen que desconocer el sabor del whisky o del brandy?

Leans sonrió.

—Esas bebidas estaban prohibidas en la Tierra, Elliot. ¿Lo has olvidado? Sólo en Prisión Lunar-Uno, y con el fin de embrutecernos, nos las proporcionaban como recompensa. Igual que cuando un animal obedece a su amo, y éste le corresponde con un terrón de azúcar.

—Necesito un trago. O cualquiera de mis pastillas estimulantes. Esta maldita espera me destroza los nervios. ¡Llevamos horas encerrados! ¡Sin que nadie se ponga en contacto con nosotros! ¿A qué diablos esperan?

—Tranquilo, Elliot.

Cuando Baldins se disponía a responder, aún más airadamente, un leve sonido le hizo enmudecer.

Procedía del *living*.

La puerta de entrada al *bungalow* se había abierto.

Roy Leans y Rosalind, acomodados en el semicircular sofá, se incorporaron de inmediato. Quedaron en el centro del salón. Junto a Baldins.

Les vieron aparecer.

Un hombre y una mujer.

Ambos de color.

De piel marcadamente atezada. Como los primitivos africanos de la Tierra.

El hombre era alto. De atlética complexión. Cabeza rapada. Ojos saltones. Nariz ancha y aplastada. Boca saliente, de labios gruesos y

carnosos. Vestía un amarillo uniforme, con franjas negras a los costados. De una visible funda sobaquera, asomaba la culata de un arma.

La mujer era más digna de atención.

Se merecía un detenido examen.

También de considerable estatura. Rostro de una extraña belleza. Salvaje y sensual. Labios gordezuelos. Su reducida vestimenta era toda una tentación. Se limitaba a una especie de collar, formado por discos de oro entrelazados. A modo de peto. Complementaba la escasa vestimenta con una corta falda, también formada por dorados discos. Las caderas eran ampulosas. Piernas de largos y mórbidos muslos. Calzaba botas hasta más arriba de las rodillas y, sobre los desnudos hombros, una capa roja.

Sí.

Salvaje y sensual.

Una diosa de ébano.

El hombre se adelantó, sonriente.

—En nombre de los altos miembros de la Unicorporación que gobiernan el planeta Venus, les doy la bienvenida. A la vez ruego acepten disculpas por el internamiento a que han sido sometidos. Mi nombre es Bakaly, jefe de la Junta Investigación Espacial. Ella es Winna, directora de Seguridad Interior. Espero que nuestro torpe y desusado inglés les resulte comprensible.

Roy Leans le respondió.

Correspondiendo a la cordial sonrisa.

—Nos entenderemos a la perfección. Es, en efecto, un idioma ya postergado en la Tierra. ¿Cómo han llegado a conocerlo?

—Un cohete sonda cayó hace mucho tiempo en nuestro planeta. En su interior llevaba aparatos de reconocimiento y una salutación a los posibles habitantes de Venus. También un código para ser descifrado ese mensaje. El artefacto se denominaba «Star-V», y su año de lanzamiento al espacio fue en 1996. Posteriormente, muy espaciados, nos fueron llegando otros artefactos, procedentes de la Tierra; pero la mayoría de ellos se desintegraron antes de posarse en Venus. Nos sorprendió ver la cosmonave *Starlight*. Han alcanzado una gran tecnología.

—¿Por qué se nos narcotizó?

El llamado Bakaly posó los ojos en su bella acompañante. Dando a entender que debía ser ella quien respondiera a la pregunta.

Así lo hizo.

Con una pausada voz, que acentuaba la sensualidad de sus facciones.

—Seguridad Interior lo consideró aconsejable. Fueron sometidos, en nuestros laboratorios, a un minucioso examen.

—¿Resultado positivo?

—Sí. Afortunadamente para todos. Nuestro organismo es muy semejante. La única diferencia es el color de la piel. No han adquirido ninguna alteración cósmica en su viajar por el espacio. En cuanto a nuestro planeta, resulta totalmente apto para ustedes.

—Quisiéramos hablar con…, con el jefe supremo de su Gobierno —dijo Roy Leans.

—Por supuesto. También él está muy interesado —sonrió Bakaly —; pero aún es pronto para eso. Compréndalo. Antes de ser recibidos por los miembros de Unicorporación, debemos presentar un detallado informe. Aún desconocemos la misión que les condujo a Venus.

—Precisamente de eso queríamos hablar con su Gobierno.

—Podemos transmitir todas sus peticiones. Nos han designado para ello. Winna es la encargada de esa misión. En la Tierra sería una especie de «public-relations». Yo, como jefe de la Junta Investigación Espacial, sólo deseo ampliar mis humildes conocimientos. Hay muchas cosas en *Starlight* que desearía conocer.

Leans y Baldins cruzaron una mirada.

—Estamos dispuestos a colaborar —dijo Leans—. Será un placer intercambiar conocimientos.

—Durante el tiempo de permanencia en la base de Seguridad, pueden considerarse nuestros más ilustres invitados.

—¿Con la puerta cerrada?

La pregunta de Elliot Baldins hizo sonreír al venusiano.

—Pueden entrar y salir cuando gusten. Siempre, durante el día.

En la noche, y para todos los elementos de la base, existe toque de queda. Esta zona es considerada militar, y sometida a ciertas reglas, de obligado cumplimiento. Les hablo en términos… terrestres para que me comprendan.

Roy Leans asintió.

—Correcto, Bakaly. ¿Qué plan tenemos para hoy?

—Aún faltan varias horas para que anochezca. Me gustaría que uno de ustedes, el más capacitado, me acompañara hasta la cosmonave *Starlight*.

—Yo iré —decidió Baldins.

—Magnífico. Winna, mientras tanto, mostrará la Base a sus compañeros, y conversará con ellos. ¿Nos vamos?

Se encaminaron hacia la salida.

Al abandonar el *bungalow*, se percataron de que era el único que permanecía algo aislado.

Frente a la entrada, un vehículo ligero.

Como un «Malap».

—El aeropuerto donde aterrizaron está a menos de una milla —dijo Bakaly tomando asiento frente al volante—. Llegaremos pronto.

Elliot Baldins se acomodó en el vehículo.

Se despidió de Leans y Rosalind con una mirada.

—¿Quieren seguirme, por favor? —sonrió Winna—. Caminaremos un poco. La Base es reducida. Los *bungalows* son habitados por oficiales y científicos de Seguridad Interior.

—¿Con sus familias?

—Oh, no… No les está permitido.

Avanzaron por una asfaltada avenida. A ambos lados se alzaban los *bungalows*. Parecían construidos en serie. Producción en masa de paneles y otras superficies plásticas.

Roy Leans se percató del elevado número de guardianes que deambulaban por la zona.

Todos ellos, hombres de color. Con un mismo uniforme amarillo

y franjas negras. Con un rifle de ancho cañón.

Winna pareció leer los pensamientos de Roy Leans.

—Controlan toda la Base.

—¿Qué tipo de arma utilizan?

—¿Esos rifles? Insignificantes, Simples proyectiles esféricos, aunque suficientes para destrozar a un hombre, si es alcanzado. La bala estalla al penetrar en el blanco. Lleva un maravilloso modelo, Rosalind. Ha demostrado un gusto muy acorde con la mentalidad femenina de Venus.

Rosalind, silenciosa y atemorizada, agradeció con leve sonrisa el cumplido de la mujer.

Llegaron frente a una casa de rectangular planta. Muy distinta a los restantes *bungalows*. Era un largo barracón, de techo geodésico.

La puerta de entrada se abrió automáticamente.

En la antesala, tras un mostrador-receptor, una muchacha de color se incorporó de inmediato, ante la presencia de Winna.

—Estas son las oficinas… ¿Les importaría ser sometidos a unos *test*? —sin esperar la respuesta de Leans y Rosalind, la mujer añadió—: Acompaña a nuestra invitada a la sala «D». Allí espera la doctora Maila.

La joven de recepción hizo una seña a Rosalind.

Se alejaron por uno de los corredores.

Winna tomó del brazo a Roy Leans.

—Vamos a uno de los salones, Roy. Debes responder a todas mis preguntas con sinceridad. Sin mentir.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Habían llegado a una circular estancia.

La puerta se cerró tras ellos.

Leans parpadeó, sorprendido.

La habitación no parecía muy adecuada para *tests* o interrogatorios; sino más bien un escenario íntimo.

La luz era tenue y rojiza. Frente al arqueado sofá, una mesa acristalada de un solo pie.

Winna tecleó en unos pulsadores acoplados en el rectángulo de una de las paredes.

—Voy a grabar nuestra conversación, Roy. De ella sacaré luego el informe, que enviaré a los miembros de Unicorporación. El grabador lleva incorporado un detector de mentiras. La más leve e insignificante falsedad quedará registrada.

—Nada tenemos que ocultar.

Winna sonrió.

Enigmática.

—Perfecto, Roy, perfecto… Ven. Siéntate a mi lado. Te prometo un interrogatorio muy agradable.

Leans se acomodó junto a la mujer.

Winna le echó los brazos al cuello. Entrelazando las manos tras su nuca. Apretándose contra él, y ofreciendo sus gordezuelos labios. Entreabiertos. Húmedos. Ávidos de ser besados.

Sí.

El interrogatorio prometía ser interesante.

* * *

La morena piel de la mujer parecía quemar al contacto con las manos de Leans. Acarició la cintura. Aquellos devoradores labios…

La sangre de Leans se agolpaba en sus sienes.

Winna se incorporó, retornando a los pocos segundos con dos recipientes cónicos.

—Bebe…

Leans obedeció, imitando a la mujer.

Estaba de nuevo a su lado.

Percibiendo su turbador contacto.

—¿Qué misión es la vuestra en Venus?

—Ninguna. Ya te he dicho que somos fugitivos de la Tierra. Escapamos de una prisión enclavada en nuestro satélite natural. Nos apoderamos de *Starlight*.

—¿Por qué?

Leans entornó los ojos.

—Ya lo he explicado. Eramos prisioneros. Condenados por vida en Prisión Lunar-Uno. Al apoderarnos de *Starlight*, queríamos encontrar un lugar donde vivir. Lejos de la tiranía del Gran Triunvirato de la Tierra. Hemos recorrido Marte y Mercurio. Sin éxito. Al aproximarnos a Venus, fue con la esperanza de encontrar aquí refugio.

—¿Por qué os encerró el Gran Triunvirato?

—El Gobierno de la Tierra es cruel. Dictador. Sin libertad para el hombre. Allí somos máquinas. Nos rebelamos contra esa tiranía.

—Comprendo. Debo suponer, entonces, que solicitas la hospitalidad de Venus. Tú y tus compañeros.

—Depende. ¿Qué clase de Gobierno es Unicorporación?

—Bueno.

—¿Para quién? —insistió Roy Leans—. ¿Para los que administran el poder o para todos?

—Todos los venusianos estamos contentos con nuestros gobernantes.

—¿Existe un Gobierno único?

—No comprendo tu pregunta…

—Estados, naciones, pueblos…, ¿están todos bajo la tutela de Unicorporación?

—Por supuesto. Unicorporación controla todo el planeta.

—Entonces… ¿por qué existe Seguridad Interior e incluso guardianes aquí en la Base? ¿Quién puede atacar, si todos son de un mismo bando?

—Siempre hay ambición por el poder. Descontentos con la

administración de Unicorporación.

Leans ahogó un suspiro.

—No quiero juzgar sin conocer, pero me temo que Unicorporación es muy semejante al Gran Triunvirato.

—¿Qué harías entonces, Roy?

—Rechazar la posible hospitalidad de Venus. Continuar con *Starlight*, viajando por el espacio en busca de...

—¿De una utopía?

Leans esbozó una sonrisa.

—Sí. Tal vez sea eso lo que buscamos. Tal vez hayamos cometido un error, al venir.

—La Tierra y Venus somos dos razas muy semejantes, Roy. Sólo parece distinguirnos el color de la piel. ¿Es desconocida en la Tierra?

—Existió una raza de color. En otro tiempo. Con el inicio de nuestro siglo XX, comenzó un demoníaco y paulatino exterminio. En la actualidad, sólo sobrevive en la Tierra la raza blanca. El Gran Triunvirato cuida de ello. Cualquier alteración genética, la más leve sospecha... es cortada de raíz. El Gran Triunvirato quiere la perfección de la raza blanca.

Winna comenzó a reír.

Terminó en cantarina carcajada.

—Tiene gracia...

—¿De veras? Jamás la tiene el exterminio de seres humanos. No importa el color.

—No me río de eso, Roy. Mi piel es negra. Al igual que la de Bakaly. Los guardianes. El personal de las oficinas... Todo el planeta Venus. Ha ocurrido igual que en la Tierra; pero con resultado opuesto.

Leans palideció.

—¿Quieres decir...?

—Sí, Roy. Nosotros hemos exterminado a los blancos. En una lucha de siglos. Hasta conseguir aplastar a la repugnante raza de piel lechosa. Hasta lograr el total exterminio. La raza blanca es inferior.

Nauseabunda. Maldita.

—No parecías tener esa opinión, hace unos minutos.

La sonrisa de Winna se tornó despectiva.

—Me he limitado a cumplir órdenes, Roy. Dominando mi repugnancia. Fue como el experimentar con una cobaya. Los miembros de Unicorporación quieren un informe amplío de todo lo relacionado con los blancos terrestres.

—¿Por qué ese interés? ¿Acaso no somos para vosotros seres inferiores?

—La Tierra es, en su totalidad, habitada por blancos, ¿no es cierto?

—Sí...

—Aquí aún no hemos alcanzado la tecnología espacial de la Tierra; pero el estudio de *Starlight* nos servirá de mucho. Y también el conocer a fondo costumbres y vicios de los terrestres. Nos será muy valioso para nuestros proyectos futuros. ¿No los adivinas, Roy?

Leans tragó saliva.

Sí.

Lo sospechaba.

—Es nuestra misión, Roy. Exterminar todo rastro de la raza blanca. Aplastarles donde quiera que se encuentren. Será un placer arrasar la Tierra, junto con todos sus repugnantes habitantes.

CAPITULO XI

Rosalind aún parecía aturdida.

Confusa.

—¿Entonces...?

—Sí, Rosalind. Estamos sentenciados. El permanecer con vida se debe exclusivamente a que quieren obtener de nosotros el máximo de conocimientos. Todo cuanto podamos decirles sobre la Tierra.

—El interrogatorio me sorprendió. Fui tratada con desprecio. Como si fuera enemiga. Todas las preguntas, relacionadas con los terrestres. Sus vicios, debilidades... Algunas cuestiones embarazosas, rudamente expuestas. Estaba frente a una especie de tribunal. Llegaron a amenazarme, por esquivar ciertas preguntas.

Leans sonrió.

Duramente.

—Para ellos somos enemigos, Rosalind. Ni tú ni yo llegamos a conocer el exterminio de la raza negra en la Tierra. Se asegura que fue algo monstruoso. Perseguidos y eliminados, como perros sarnosos. Aquí, en Venus, nosotros somos la pieza a cazar. Aquí es la raza negra la perfecta. No hay lugar para el repulsivo blanco.

—Santo Dios...

—¡Al infierno con todos! —gritó Leans, sin cesar de pasear nerviosamente por el salón—. ¡Malditos sean! ¡Malditos! ¿Por qué no existe un lugar donde reine la paz, la concordia entre todos los humanos, sin distinción por el color de su piel...?

—Tal vez exista.

—No, Rosalind. No lo hay. Elliot estaba en lo cierto. Somos malvados por naturaleza. La Tierra, Marte, Venus... ¡Todos malditos!

Se escuchó el zumbar de la puerta de entrada al *bungalow*.

A los pocos segundos, apareció Elliot Baldins.

Pálido.

Vacilante.

—Elliot..., ¿qué te ocurre? ¿Te encuentras bien?

Baldins se dejó caer en el sofá.

—Supongo que ya estáis al corriente de la situación, ¿no? Estos bastardos proyectan, en un futuro, invadir la Tierra. De ahí su interés por *Starlight* y todo lo relacionado con los terrestres. Sus conocimientos espaciales aún son deficientes; pero aquí estamos nosotros para... ayudarles.

—¿Qué te han hecho, Elliot? —Rosalind posó su diestra en la frente de Baldins—. Tienes fiebre...

—No es nada. La cosmonave está custodiada por guardianes. Uno de ellos, al llegar, me escupió con desprecio. ¡Qué ironía...! Los humanos de piel blanca son exterminados en Venus. Y en la Tierra... Dios... Dios... Bakaly confirmó mis sospechas. Fue entonces cuando me negué a aclarar sus dudas con respecto a *Starlight*. Me convencieron con una serie de latigazos eléctricos. La crueldad de los venusianos es superior a la del Gran Triunvirato. Perra suerte. Es como si estuviéramos de nuevo en casa.

—Saldremos de aquí.

Elliot Baldins trazó una mirada por la estancia.

—De seguro nos están observando y escuchando nuestra conversación.

—Eso tiene fácil solución —respondió Leans—. Cualquiera de nosotros conoce las lenguas muertas. Francés, alemán, español... Los venusianos sólo pueden entendernos en el inglés de finales del siglo XX. ¿Por cuál nos decidimos?

Baldins posó sus ojos en la muchacha.

Para que fuera Rosalind quien decidiera.

—Deutscher.

Leans y Rosalind se acomodaron junto a Elliot Baldins.

Sí.

Cualquiera de ellos podía hablar en el desusado alemán.

Baldins inició la conversación:

—Será difícil escapar de aquí, compañeros; pero vamos a contar

con cierta… ayuda. Mirad con disimulo hacia mi bota izquierda.

Las botas de Baldins se ensanchaban en su parte superior.

Rosalind balbuceó, sorprendida:

—Es…, es…

—Sí, Rosalind. El mando-control de nuestro amigo «Gnetty». Sigue inmóvil en la Cámara de Servicio. Bakaly y sus científicos no le han hecho mucho caso. Para ellos es un vulgar robot. Se mostraban más interesados por el manejo y funcionamiento de la cosmonave. Pude apoderarme del mando-control, sin ser visto.

—¿Recibirá «Gnetty» nuestras órdenes?

—Por supuesto, Rosalind. Es como si uno de nosotros estuviera allí. Hará todo cuanto le digamos. Hay que actuar. Esos malditos están manipulando demasiado en los instrumentos de la Cámara de Mando. Se muestran muy irritados, por mi falta de colaboración.

—¿Continúa cerrada la puerta del *bungalow*?

—No. Siguen nuestros movimientos, por circuito cerrado de televisión. Hay guardianes en el exterior. «Gnetty» se encargará de la cosmonave y sus vigilantes; pero lo difícil será llegar hasta él. Pronto oscurecerá. Entonces lo intentaremos. Yo… me encuentro un poco cansado. Reposaré hasta que llegue el momento de actuar.

Baldins se incorporó, dejando el mando-control oculto bajo el sofá.

Fue hacia su dormitorio.

Con torpe paso.

Leans y Rosalind le siguieron con la mirada.

—Está enfermo…

—No, Rosalind. Parece como narcotizado. Esos bastardos le habrán suministrado alguna droga. Ahora vamos a estudiar un plan de acción.

Permanecieron en el salón, largo tiempo

Sopesando los pros y contras de la operación a realizar.

De súbito, la pantalla mural de televisión se iluminó.

Sorprendiendo a Leans y Rosalind.

Apareció una imagen en pantalla.

Un individuo de color, hablando en venusiano.

De unos altavoces ocultos en el salón, desconectados por completo del sistema de televisión, les llegó una voz:

—Terrestres…, os habla Bakaly. En pantalla, una emisión especial para los habitantes de Venus. Hoy es un gran día para nosotros. Una transmisión en directo desde los departamentos secretos de Seguridad Interior. Se trata de una operación de trasplante de cerebro. ¿Conocen al donante?

El individuo había desaparecido de la pantalla, pero se mantenía su voz en *off*. Las imágenes eran, ahora, de una complicada sala de operaciones.

Y sobre la mesa, estaba Elliot Baldins.

Inerte.

—Dios mío… No…, no es posible… —murmuró Rosalind.

Roy Leans abandonó el salón, como una exhalación.

Regresó a los pocos segundos.

Pálido.

Con las mandíbulas fuertemente apretadas.

—Roy…

—Sí, Rosalind… Se lo han llevado. Pueden entrar y salir del *bungalow* por algún conducto secreto.

De nuevo la voz por los altavoces de resonancia del salón. Explicando a Leans y Rosalind cuanto ocurría en la pantalla.

—Se trata de una rutinaria operación de trasplante de cerebro. Vuestro compañero se mostró reacio a colaborar. Mejor así. Con su cerebro, tendremos hasta el último y más escondido de sus conocimientos. Se va a iniciar la operación. Mirad…, es como una especie de trepanación terrestre que…

Rosalind ocultó el rostro entre sus manos.

Roy Leans reaccionó con ira.

Con violencia.

Inútilmente...

—¡Malditos...! ¡Malditos engendros...! ¡Hijos de perra!

Arrojó la mesa contra la mural pantalla.

Todos los objetos que podían ser lanzados fueron a estrellarse contra el televisor.

Leans cayó de rodillas.

Jadeante.

Dominado por la desesperación.

Estaba junto al sofá.

Lentamente, alargó su diestra hacia el mando-control.

Había llegado el momento de actuar.

CAPITULO XII

Abandonaron el *bungalow*.

Uno de los guardianes disparó contra ellos.

La esférica y destructora bala silbó, siniestra. A menos de una yarda de la cabeza de Leans. Originó una explosión en la fachada del *bungalow*.

Roy Leans sonrió.

—Lo suponía... Nos quieren vivos, Rosalind... ¡Empieza a transmitir órdenes a «Gnetty»...! ¡Me apoderaré de aquel «malap»!

—¡No, Roy!

Leans hizo caso omiso al ruego de la joven.

A muy poca distancia estaban dos guardianes, en uno de los vehículos ligeros. Enfocaron sus rifles hacia Leans, pero al aproximarse éste, desistieron de disparar.

Fueron a su encuentro.

Los dos gigantes negros alzaron las culatas de sus rifles.

Roy Leans esquivó con agilidad sendos golpes. Correspondió a ellos. Con una fría sonrisa. Complacido de poder descargar su ira contra aquellos individuos.

Fueron dos golpes secos.

Mortales.

Los más terroríficos del «karatman».

Roy Leans subió al vehículo biplaza. Tan sólo unos segundos le llevó el comprender el sencillo manejo.

Enfiló hacia Rosalind, que ya corría a su lado.

—¡«Gnetty» ya está actuando!

—¡Perfecto, Rosalind! ¡Toma el volante! Impediré que nos sigan...

Leans, con uno de los rifles de los guardianes abatidos, comenzó

a disparar sobre el vehículo que iniciaba la persecución.

Le alcanzó de lleno.

La bala explosiva destrozó el carro y a sus dos ocupantes.

—Pronto recibirán la orden de disparar a matar... No les interesa que lleguemos hasta la cosmonave. Esperemos que «Gnetty» cumpla a la perfección.

—Transmití tus instrucciones al pie de la letra, Roy.

La distancia que les separaba del aeropuerto era corta.

Ya divisaron la *Starlight*.

Roy Leans atrapó el mando-control.

—¡«Gnetty»...! ¡Ahora...! Toma la atomizadora y cubre nuestra entrada a la cosmonave... ¡Ahora!

El vehículo ya avanzaba, veloz, por la pista.

Los guardianes que trataban de cortar el paso se vieron bruscamente sorprendidos por el fuego procedente de la *Starlight*.

Junto a la escalera de la Cámara de Mando estaba «Gnetty». Con su escalofriante apariencia humana.

Su metálica cabeza iridiscente.

En sus manos, una destructora «ZOA-999», de dantescos resultados. A cada descarga de sus mortíferos rayos, ocasionaba incontables bajas.

El vehículo llegó junto a la escalinata.

Cuando Roy Leans y Rosalind se introducían en la cosmonave, vieron como el androide era alcanzado.

Se mantuvo unos instantes en pie.

Envuelto en llamas.

Luego se desplomó, carbonizado.

—¡La compuerta, Rosalind!

Leans sonrió.

«Gnetty» había hecho un buen trabajo. Todo estaba ya

preparado para el despegue. Y allí estaban también sus equipos «Cosmx», de repuesto.

Starlight rugió.

Elevándose.

En su primera velocidad cósmica.

Rosalind colaboraba con Roy Leans, en el tablero de instrumentos.

Pronto la cosmonave adoptó la segunda velocidad cósmica. La denominada «velocidad de escape», que les permitía salir de la atracción del planeta Venus.

—Ro… ¡Roy!

Leans no tuvo necesidad de preguntar lo que ocurría.

Los mandos reguladores de velocidad no obedecían. Habían sido manipulados. Sin duda, en las investigaciones llevadas a cabo por los venusianos.

Ya habían dejado atrás la envolvente capa que cubría Venus.

A una fantástica velocidad que iba en aumento.

Incontrolada.

Leans trató de corregirla.

—¡Nos estrellaremos, Roy…! ¡También falla el mando orientador de vuelo! ¡Nos estrellaremos contra cualquier cuerpo celeste, con campo de atracción! ¡Vamos a superar la velocidad de la luz!

Leans puso en funcionamiento los sistemas de emergencia y lanzamiento automático de la cápsula paracaídas.

Rosalind se aferró a él.

Sollozante.

—Hemos fracasado, Roy… Vamos a morir…

Leans besó a la muchacha.

Percibiendo el sabor agridulce de sus lágrimas.

Fijó sus ojos en el visor.

Infinitos cuerpos celestes pasaban, fugaces. Luminosos. Como exhalaciones…

Starlight iba a sobrepasar la velocidad de la luz.

—Sí, Rosalind… Vamos a morir, pero no hemos fracasado. Somos libres. Todo el infinito para nosotros. Jamás soñé con reposar en tan maravilloso cementerio… Una tumba salpicada de estrellas… Morir con dignidad. Libres. ¿Qué más podemos desear?

EPILOGO

Roy Leans entreabrió los ojos.

Estaba de bruces.

Sus manos se cerraron, aprisionando una hierba verde y pujante. Pródiga en flores silvestres.

Se incorporó.

Aturdido.

¿Dónde estaba?

Él paisaje que se abría a sus ojos no podían ser más tranquilizador y placentero. Arboles, plantas, flores...

Todo; bañado por rojizos rayos del sol que se ocultaba tras el horizonte.

Rosalind estaba a poca distancia.

Inconsciente.

Junto a la cápsula paracaídas del *Starlight*.

Ni rastro de la cosmonave.

Roy Leans atrapó en sus brazos el inerte cuerpo de la muchacha. Dejándose llevar por el sonido de las cristalinas aguas, descubrió el riachuelo.

Humedeció el rostro de Rosalind.

A los pocos segundos, se vio reflejado en los ojos de la joven,

—Roy...

—Estamos con vida, Rosalind... Es..., es como un milagro...

—¿Dónde estamos?

—Lo ignoro. Supongo que desde la *Starlight*, al entrar en el campo de gravedad de este planeta, fuimos lanzados por la salita de emergencia, en la cápsula.

—Ese sol...

Leans sonrió, ayudando a incorporarse a la muchacha.

—Hay infinitos astros como nuestro sol terrestre. Rosalind… ¿Puedes caminar?

—Sí…

Recorrieron aquella zona.

Se encontraban en un paradisíaco valle, de frondosos bosques y una selvática y abundante vegetación. Albergando infinidad de aves y animales de monte.

—Pronto oscurecerá, Rosalind. Busquemos un refugio donde pasar la noche.

Lo encontraron al cobijo de unas rocas. Respaldados por una gigantesca montaña.

El sol fue reemplazado por un luminoso disco de plata.

Un brillante lucero en el negro manto de la noche.

Estaban junto a la fogata. Un fuego realizado por el más primitivo de los procedimientos.

—Es la luna, Roy. Estoy segura. *Nuestra luna*.

—Es posible.

Rosalind parpadeó.

—¿Por qué dices eso? Esperaba que lo negaras. Que me llamaras estúpida.

—Tal vez estemos en la Tierra, Rosalind. La *Starlight* inició una velocidad superior a la de la luz. Incontrolada. Un objeto que supere la velocidad de la luz viaja hacia atrás en el tiempo. Hemos retrocedido al pasado. Por lo que puedo deducir, al estudio de los caracteres geológicos, en la era cuaternaria. Podemos ser los primeros habitantes de la Tierra.

—Dios mío…

Leans abrazó protectoramente a la joven.

—¿Tienes miedo? Lograremos sobrevivir, Rosalind. Es lo que siempre hemos soñado. Un paraíso.

—La Tierra…

—Es una simple hipótesis.

—Algo más. El sol, la luna, la atmósfera… Demasiado semejantes a la nuestra. Sí. Estamos en la Tierra. En sus inicios. Si somos sus primeros habitantes…

—¿Qué?

Rosalind se abrazó con más fuerza.

Temblorosa.

—De nosotros, de nuestros descendientes, en un futuro muy lejano… surgirán hombres como los del Gran Triunvirato.

Leans sonrió, en amarga mueca.

—El hombre lleva consigo la maldad. Con todo nuestro esfuerzo inculcaremos en nuestros hijos el amor. Estemos o no en la Tierra, ¿De acuerdo?

—Sí, Roy…

Leans alzó los ojos al cielo.

Entreabrió los labios.

Su voz sonó ronca.

Emocionada:

—Imploremos a Dios, Rosalind. Por Bert, Elliot, por nosotros… y por los hombres del futuro.

F I N

[1] Avión de velocidad tres veces superior a la del sonido.